
Tomás Mann : **ESPAÑA**

«Si no se puede decir, a ciencia cierta, lo que desea el pueblo español, está fuera de toda duda lo que no quiere: la dictadura del general Franco.»

Manuel Azcárate

**El nuevo papel
de la ciencia**

«El marxismo exige el análisis de las contradicciones concretas a través de las cuales la incompatibilidad entre la ciencia, como fuerza productiva central, y el sistema capitalista, se refleja en la vida social.»

Mikel Erdera

**Conciencia nacional y
conciencia de clase**

La identificación del proletariado autóctono con su habitat nacional puede ser un arma de división en manos del poder... Sólo una clase objetivamente revolucionaria, armada, además, de una teoría revolucionaria, puede aplicar de manera consecuente el principio de autodeterminación de todas las nacionalidades y poner freno a la tendencia del capitalismo a la conquista de mercados.

Crítica : Estructuralismo y marxismo

MINISTERIO
DE CULTURA



Tomás Mann

España

El texto que a continuación ofrecemos, es una toma de posición inequívoca del gran intelectual alemán, en momentos cruciales para España y el mundo. Tomás Mann, último gran destello de la cultura liberal europea supo despojarse de las inhibiciones cobardes de otros y, partiendo de los principios que fueron los suyos, comprender el sentido de un combate revolucionario que iba más allá del universo cultural y político en que él había vivido. Semejante en ello a Machado y, a pesar de los pesares, a Unamuno, cuyas palabras resuenan en la frase terminal de este artículo. Páginas que no sólo acarrearán moral vehemencia, sino lúcido análisis de los móviles y circunstancias en que alentaban los generales facciosos. Profético incluso: la entrega de España, por Franco, al mejor postor.

Pero no puede echarse en olvido la advertencia preliminar acerca de la condición del intelectual, que sólo si asume lo político asume la esencia de lo humano. Las palabras densas de Tomás Mann no han perdido nada de su actualidad, porque en España, y en el mundo, sigue librándose el combate por la libertad, contra la explotación, la opresión imperialista y el fascismo.

Realidad

Los grandes crímenes en este mundo se perpetran en aras de un interés que no se detiene en escrúpulos. Así lo vemos hoy en España. Y ¿quién podrá levantar frente a esos mezquinos intereses, que se cubren con solemne máscara, las reivindicaciones de la conciencia, sino el intelectual, hombre de juicio aún libre? El intelectual debe alzar su voz y protestar contra esos métodos que asientan la política en el crimen, violando todo sentimiento humano.

Ningún desprecio tan fácil ni tan a mano como el que se lanza contra el «intelectual que desciende a la arena política». Así es como se expresa el interés, porque no quiere ojos que le escruten ni estorben en su acción, e invita al intelectual a recluirse, cómodamente, en el «espíritu». A cambio de ello se le permitirá contemplar la política como indigna de su atención. Es claro que ese falso honor es la recompensa dada al lacayo, el salario con que se paga a quien, por su silencio, se ha convertido en cómplice del interés. En nuestros días refugiarse en la torre de marfil es sólo necedad; y, además, es imposible no caer en la cuenta.

La democracia encarna en cada uno de nosotros, porque la política es asunto de todos. Nadie puede sentirse al margen, porque la presión que sobre nosotros ejerce es demasiado fuerte. ¿Acaso no es verdad que el hombre que declara —como a veces sucede— «la política no me concierne», parece trasnochado? Tal modo de ver es no sólo egoísta, sino también trapacería estúpida que revela tanta ignorancia como indiferencia moral. El orden político y social —nadie puede negarlo— forma parte de la totalidad humana; es un aspecto del problema y deber humanos. Por eso es imposible olvidarlo sin ir, al mismo tiempo, contra ese «humanismo esencial» que se pretende oponer a la política. Lo esencial, aquello de que todo pende, es precisamente el orden político y social, porque es bajo su forma política como hoy, con mortal gravedad, se plantean los problemas del hombre. El intelectual, a quien naturaleza y destino han colocado en el más arriesgado puesto ¿podrá desertar?

Al hablar de la mortal gravedad que reviste hoy en día la cuestión política quiero decir que el hombre, y en particular el intelectual, se juegan en ella la salvación del espíritu, o —¿por qué no emplear la expresión religiosa?— la del alma. El intelectual que dimite ante el problema humano en su forma política, no sólo traiciona la causa del espíritu y sirve a la facción del interés; dimite también como hombre. Y esa derrota es sin remedio, porque por ella perderá toda fuerza creadora, todo «talento» y nada hará de perdurable; más aún: su obra anterior, la que no lleva el estigma de esa culpa y fue valiosa, dejará de serlo, perdiendo toda significación a los ojos de los hombres. Esa es mi convicción, y ejemplos hay que la confirman.

Alguien podrá preguntarme qué entiendo por «espíritu», qué por «interés». Pues bien, lo espiritual —desde el punto de vista político y social— es la aspiración de los pueblos a condiciones de vida mejores, más justas y felices, más conformes a la dignidad del hombre. Y es

prueba de espíritu que los hombres de buena voluntad apoyen esas aspiraciones.

El interés sabe que tales cambios menguarían ciertos privilegios. Por eso intenta, con todos los medios, con el crimen incluso, cerrarle el paso a tal evolución, o al menos detenerla un tiempo, pues hacerla imposible sabe que es superior a sus fuerzas. El partido del interés se ha puesto en marcha en España, y está asolándola con cinismo hasta hoy desconocido.

En verdad, lo que desde hace meses ocurre en ese país constituye al más inmundo escándalo de la historia de la humanidad. Pero el mundo ¿se da cuenta? No lo bastante, porque el interés asesino nada sabe mejor que disimular su verdadera índole. Hace poco me transmitían el dicho de una mujer que, es verdad, vive en la más sombría zona de Europa, en Alemania: «Quien se hubiera figurado que, caídos del cielo, los rojos españoles cometerían tales desafueros». ¡Los Rojos! ¡Caídos del cielo!

Todo el mundo sabe qué tímidamente revolucionarias eran las reformas del Frente Popular, esa alianza de republicanos y socialistas consagrada por una victoria electoral terminante y legítima.

¿Hemos perdido acaso el corazón y la razón? ¿O quieren que la facción del interés nos arrebatte los últimos destellos de cordura y libertad de juicio, para precipitarnos en una trampa diestramente tendida? Así es en verdad; esa facción esconde los más viles instintos bajo las máscaras de cultura, Dios, orden y patria. Un pueblo que vivía bajo el yugo de la más reaccionaria explotación, aspira a una existencia clara, humana, a un orden social que le haga digno de su propia humanidad. Libertad y progreso, en ese pueblo, son nociones aún no corroídas por el sarcasmo escéptico; cree en ellas como en los valores más altos y dignos de su esfuerzo; ve en ellas la condición de su honor nacional. Ese pueblo elige un gobierno que, con prudencia y circunspección, comienza a subsanar las más escandalosas injusticias. ¿Qué ocurre entonces? Con la complicidad del extranjero, estalla una rebelión de generales, lacayos de las antiguas fuerzas explotadoras. Fracasan, están a dos dedos de la derrota y, entonces, esos gobiernos extranjeros, adversarios de la libertad, vuelan en su socorro y, a cambio de privilegios económicos en caso de victoria, les proporcionan a los insurrectos dinero, hombres y material de guerra. Gracias a esa ayuda la sangrienta contienda se prolonga, dando lugar, de los dos lados, a crueldad implacable. Contra el pueblo que lucha desesperadamente por su libertad y sus derechos, se lanzan las tropas coloniales. Aviones extranjeros destruyen sus ciudades, asesinan a sus hijos. Y a todo eso lo llaman «nacional». Esos crímenes que claman al cielo, se perpetran en nombre de Dios, del orden, de la belleza. Si las cosas hubiesen acaecido como deseaba la prensa del interés, hace ya tiempo que la capital hubiese capitulado, derrotadas las «hordas marxistas». Pero Madrid, medio en ruinas, resiste y las «hordas rojas» —expresión predilecta de la prensa del interés—, es decir, el pueblo español, se bate por su vida y por los valores en que cree, con denuedo tan sobrehumano que los más

abyectos lacayos del interés deberían tomarlo en consideración, para, quizá, descubrir las fuerzas morales que allí actúan.

El derecho de los pueblos a disponer de sí mismos goza hoy en el mundo del mayor favor oficial. Hasta nuestras dictaduras y estados totalitarios intentan hacernos creer que el 90 o el 98% del pueblo les apoya. Pues bien, si hay algo claro es lo siguiente: que los generales alzados contra la República no tienen el pueblo a su lado. Y sobre este punto, hoy por hoy, no pueden engañar a nadie. Para combatir a su propio pueblo tienen que echar mano de árabes y de soldados extranjeros. Si no se puede decir, a ciencia cierta, lo que desea el pueblo español, está fuera de toda duda lo que no quiere: **la dictadura del general Franco**. Entre tanto los gobiernos europeos, interesados en ver morir la libertad, han reconocido el poder de ese faccioso como único poder legal, y eso en plena guerra civil, esa guerra que se prolonga gracias a su apoyo, si es que no la han desencadenado ellos mismos. Los que en su país dan pruebas de tanta firmeza —es lo menos que puede decirse— contra todo cuanto toca a «alta traición», están sosteniendo a un hombre que entrega su patria al extranjero. Los que se muestran tan «nacionalistas» emplean todos los recursos para llevar al poder a un faccioso, a quien nada le importa la independencia nacional, con tal de destruir la libertad y los derechos del hombre. **Ese general acaba de declarar que prefiere la muerte de las dos terceras partes del pueblo español a ver triunfar el marxismo, es decir, un orden mejor, más justo y humano.**

Dejado aparte todo sentimiento de humanidad: ¿eso, es nacional? ¿Quién puede, con mayor derecho, llamarse nacional? Me tratarán, quizá, de bolchevique, pero quiero tomar posición a favor del derecho en este conflicto entre el derecho y la fuerza.

1937

Manuel Azcárate

Algunas consecuencias del nuevo papel de la ciencia

«Médicos, abogados, profesores, científicos etc., profesionales que no hace mucho eran considerados por los obreros como servidores de los intereses burgueses, han roto decididamente con el conformismo y se alinean luchando en organizaciones similares a Comisiones Obreras por sus reivindicaciones profesionales y la dignificación y utilización racional y social de sus conocimientos; queda claro que es un fenómeno de masas de carácter progresista y coincidente con el proletariado, y diferente totalmente a épocas pasadas, cuando un reducido número de intelectuales se desvinculaban individualmente de su clase de procedencia.»

Del «Boletín de las CC.OO. de Sevilla»,

Enero 1972.

Parece que están desapareciendo, en la discusión marxista contemporánea, ciertas tendencias que se manifestaron en algunas zonas, a rebajar el alcance histórico de la revolución científico-técnica que conoce hoy la humanidad. Es significativo que en un reciente artículo editorial de la revista soviética «Cuestiones de Filosofía» se reconozca:

«La concepción de la revolución científico técnica como uno de los procesos fundamentales del mundo contemporáneo se ha formado solamente en una fecha relativamente reciente, y el juicio sobre su esencia, sobre sus características básicas, da lugar aún a mucha discusión...»

La conclusión de la revista es que «la revolución científico técnica está ligada a las transformaciones más profundas de la sociedad... «es una transformación radical de la base productiva de la sociedad actual, una revolución de las fuerzas productivas, lo que supone incluir en ella los problemas del desarrollo del hombre y de la sociedad». (Nº 12, 1971,

Algunas de las consecuencias del nuevo papel que la ciencia asume en la producción están muy ligadas a determinados problemas de la elaboración de una estrategia revolucionaria. En ellos centraremos el presente artículo.

I. LA CIENCIA, FUERZA PRODUCTIVA DIRECTA.

Es en el plano de las fuerzas productivas donde tiene lugar, en los últimos lustros, y a un ritmo vertiginoso (si se analiza con perspectiva histórica) la revolución científico-técnica. Sobre el contenido de ésta se ha escrito mucho (1). Quizá lo más característico de los últimos trabajos sobre el tema, desde un ángulo marxista, es que tienden a superar el momento sectorial; o mejor, a insertar los momentos sectoriales en una visión más global.

El nuevo papel de la ciencia —al convertirse en fuerza productiva directa— está transformando de arriba abajo, en los aspectos tecnológicos, una serie de ramas industriales: no sólo se modifican las máquinas, los **instrumentos** de la producción; aparecen también nuevos **objetos** del trabajo, que no son dados por la naturaleza, sino creación de la industria humana; la **energía** de que la humanidad puede disponer para mover el proceso productivo, y sus propios movimientos, se multiplican en proporciones impresionantes... A través de esos saltos, de esos cambios (en los que se reflejan enormes desigualdades, en unas u otras ramas; y no digamos en unos u otros países) se apuntan unas tendencias básicas que tienen una importancia decisiva (incluso allí donde su grado de realización material es muy escaso) para una concepción acertada del momento histórico.

La ciencia se va a convertir, no ya en fuerza productiva directa, sino en factor decisivo del desarrollo de las fuerzas productivas, en la **fuerza productiva central** de la humanidad. La producción será, cada vez más, aplicación de la ciencia.

Con eso, no sólo se revoluciona la producción; sino que se autorrevoluciona la ciencia misma.

El salto **cuantitativo** que ha sufrido en el último período se puede indicar con algunos ejemplos: En una serie de países avanzados las inversiones en ciencia y en investigación se han multiplicado por cien en el curso de los últimos 30 ó 40 años. El 50% de los conocimientos con que hoy se opera en los terrenos más diversos han sido creados en los últimos 15 años; y ese plazo tiende a disminuir. El 90% de los trabajadores científicos de la historia de la humanidad son contemporáneos nuestros

El propio proceso investigador científico, incluso en sus ramas teóricas, se ensambla más y más con la industria; exige enormes conglomerados energético-industriales. El proceso del conocimiento, de la invención, adquiere un carácter mucho más colectivo. Contrariamente a anteriores saltos tecnológicos, el potencial informático deviene decisivo, por encima del potencial energético.

La relación hombre-producción se transforma radicalmente. Disminuye el papel, y la necesidad del hombre como músculo, como fuerza física, como rutina (incluso como rutina intelectual). Lo que la producción exigirá del hombre cada vez más, es su capacidad creadora; es decir que el máximo desarrollo de la personalidad y capacidades del hombre se convierte en una necesidad de la producción, en necesidad económica.

Este nuevo lugar que la ciencia tiende a ocupar en la producción, esta tendencia a la marginación del hombre como fuerza física del proceso productivo directo, son contrarios, por su contenido, por su dinámica intrínseca, a las exigencias básicas del sistema capitalista. Además, el tipo de hombre que ese nuevo lugar de la ciencia reclama y engendra, hombre que desarrolla todas sus capacidades, hombre-creador por excelencia, y por lo tanto intrínsecamente contrario a la relación autoridad-sometimiento, es asimismo incompatible con el sistema capitalista.

Por el contrario, este nuevo género de fuerza productiva, de **ciencia-fuerza productiva**, que crea la revolución científico-técnica, es el que necesita y reclama la sociedad comunista. Es la base material, técnica por así decir, que permite dar un asiento sólido a nuestra concepción del comunismo. A través de algunas realidades que empiezan ya a apuntar en las ramas más avanzadas de la industria moderna, del salto que se empieza a operar, o a anunciar, en la relación ciencia-producción, en la relación hombre-producción, las definiciones clásicas del comunismo cobran un relieve nuevo, mayor concreción, más cercanía.

Tomemos la definición más elemental: «de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades». Parto de la comprensión que yo recuerdo haber tenido anteriormente de esa definición (2) deduciendo de ella como bases del comunismo: a) una enorme elevación de las **cantidades** producidas; b) una forma radicalmente nueva de su **distribución**. Lo adquirido ya por la revolución científico-técnica (y más aún lo que ésta anuncia) modifica esa idea, agregando un factor decisivo: y es que ese nuevo hombre, que necesita desarrollar al máximo todas sus capacidades, es exigido, es una resultante del carácter nuevo adquirido por las fuerzas productivas. En cierto modo, la **ciencia-fuerza productiva central** reclama, engendra el **hombre-creador**, el hombre que desarrolla todas sus capacidades; el **hombre del comunismo**. Así, la definición del comunismo (y el proceso por el cual puede convertirse en realidad concreta) se enriquece extraordinariamente; adquiere una **presencia histórica** (aunque sea a un nivel abstracto, teórico) muy superior.

Insisto en que me estoy refiriendo al **comunismo** como sociedad sin clases, que supera incluso la diferencia del trabajo físico y del trabajo intelectual etc., y de la que el socialismo es sólo una primera fase, inferior, primaria; y por eso mismo, una fase lastrada por restos del sistema capitalista, como el Estado, que aún persisten mucho tiempo.

La comprobación de esa contradicción entre ciencia-fuerza productiva y capitalismo (y de esa armonía entre ciencia-fuerza de producción y comunismo) no es un hecho nuevo para el marxismo. En diversos trabajos de Marx el tema es abordado; Marx demuestra en ellos una

capacidad impresionante de proyectar un fenómeno, aún en germen, hacia su futuro desarrollo histórico. Partes esenciales de los «Grundrisse» (Fundamentos de la crítica de la Economía Política) están dedicadas al análisis de la relación entre ciencia y producción.

Marx describe cómo, con el desarrollo de «la gran industria», «la creación de riquezas depende cada vez menos del tiempo de trabajo utilizado, y cada vez más de la potencia de los agentes mecánicos que son puestos en movimiento durante el trabajo. Por otra parte, la enorme eficiencia de dichos agentes no tiene relación ninguna con el tiempo de trabajo inmediato que ha costado su producción. Depende mucho más del nivel general de la ciencia, y del progreso de la tecnología, o de la aplicación de esa ciencia a la producción.»

Lo que aparece entonces como fundamento principal de la producción de riquezas es la «fuerza productiva general» del hombre, «su inteligencia de la naturaleza y su capacidad de dominarla...»

«Desde que el trabajo, en su forma inmediata, deja de ser la fuente principal de la riqueza, el tiempo de trabajo deja y debe dejar de ser su medida y el valor; deja por lo tanto también de ser la medida del valor de uso. El **sobretabajo de las grandes masas** ha dejado de ser la condición del desarrollo de la riqueza general, lo mismo que el **no trabajo de algunos** ha dejado de ser condición del desarrollo de las fuerzas generales del cerebro humano.

La producción basada sobre el valor de cambio, se derrumba como consecuencia de ello, y el proceso de la producción material inmediata se ve despojado de su forma mezquina, miserable y antagónica. Es entonces el libre desarrollo de las individualidades...»

De esta verdad fundamental del marxismo sobre la incompatibilidad intrínseca entre la ciencia como fuerza productiva central y el sistema capitalista, cabría deducir conclusiones típicamente reformistas: si el desarrollo técnico-científico es contrario al capitalismo, impulsemos u organicemos el desarrollo científico, y el capitalismo (o «sus males») desaparecerá. De una u otra forma, esta idea está en la base de las principales construcciones ideológicas que hoy se oponen al marxismo (en las que, como regla, jamás se defiende al capitalismo como capitalismo); está en Galbraith; está, a un nivel más grosero, en la «nouvelle société» a lo Chaban Delmas; en ella descansa buena parte del «europeísmo»...

Frente a concepciones que usan de la especulación ideológica como forma de encubrir una realidad social, de clase, indefendible (lo que no elimina la validez de determinados momentos de esas concepciones), el marxismo exige el análisis de las contradicciones concretas a través de las cuales esa incompatibilidad entre la ciencia, como fuerza productiva central, y el sistema capitalista se refleja en la vida social, en la lucha de clases, en la política. Veamos cómo el propio texto de Marx, citado más arriba, nos ayuda a avanzar. Exactamente a continuación de la última frase que hemos copiado, Marx escribe lo siguiente:

«El capital es una contradicción en proceso: de un lado, tiende a la reducción del tiempo de trabajo a un mínimo, y de otra parte plantea el tiempo de trabajo como la única fuente y la única medida de la riqueza...»

Por una parte, despierta todas las fuerzas de la ciencia y de la naturaleza, así como las de la cooperación y de la circulación sociales, para hacer que la creación de la riqueza sea independiente (relativamente) del tiempo de trabajo utilizado por ella. De otra parte, pretende medir las gigantescas fuerzas así creadas según el patrón del tiempo de trabajo, y encerrarlas en límites estrechos, necesarios para el mantenimiento, en tanto que valor, del valor ya producido. Las fuerzas productivas y las relaciones sociales —simples caras diferentes del desarrollo del individuo social— aparecen únicamente al capital como medios para producir a partir de

su base estrecha. Pero, de hecho, son las condiciones materiales capaces de hacer estallar esa base.» (Fundamentos de la crítica de la economía política «Edición francesa, Anthropolos», París 1968. Tomo II, pág. 221-222-223.)

Aquí Marx descubre cómo, por su dinámica intrínseca, el capitalismo está obligado a buscar el desarrollo científico (en su carrera por la plusvalía relativa, mediante la disminución de los valores de las mercancías). Y sobre todo nos indica que para resolver la contradicción del capitalismo con la ciencia hace falta «hacer estallar» la «base» del capitalismo. Para ese «hacer estallar» (para la revolución) las fuerzas productivas y las relaciones sociales son «condiciones materiales».

Este último texto, no sólo destruye de antemano todo intento de interpretar las frases de Marx citadas más arriba en un sentido «evolucionista» o «reformista» (como alguna vez se ha hecho) sino que —es lo que aquí nos interesa— enlaza directamente el problema del nuevo papel de la ciencia con el de la revolución socialista.

El marxismo necesita llevar más a fondo el análisis de los cambios que el nuevo papel de la ciencia introduce en las fuerzas productivas y en las relaciones sociales en tanto que «condiciones materiales» para la revolución socialista.

II. NUEVAS CAPAS SOCIALES.

Recordemos que la contradicción básica que engendra la revolución socialista es la de **capital-trabajo**. A nivel de clases sociales es la contradicción burguesía-clase obrera. En esa contradicción, la clase obrera es la representación de las fuerzas productivas, el factor más dinámico del desarrollo histórico; la burguesía encarna las relaciones de producción capitalistas que es necesario hacer estallar para que puedan desarrollarse, triunfar, las nuevas fuerzas productivas.

¿Qué efecto tiene sobre esa contradicción básica la revolución científico-técnica?

Parece inútil —por ser obvio— demostrar que no la liquida o disminuye. También podemos evitarnos una argumentación detallada de que la contradicción capital-trabajo sigue siendo básica y determinante; de que, en una serie de aspectos, los avances de la ciencia y la técnica la agravan y la enconan en proporciones extraordinarias. Las tesis, que en el período de postguerra de auge económico neocapitalista alcanzaron relativos éxitos, de una **integración** de las masas trabajadoras están actualmente en franco retroceso. La misma realidad económica las desmiente. Tomemos un solo aspecto: el del paro. Se agrava hoy en el mundo capitalista; deviene problema insoluble. Los «modelos» reformistas, «sueco», laborista, uno de cuyos dogmas era el «pleno empleo», sufren derrotas reconocidas por los propios dirigentes socialdemócratas. Entre éstos cunde la conciencia de que están en crisis sus esquemas de postguerra. En los actuales fenómenos de paro —además de los factores «tradicionales»— se manifiesta la incapacidad intrínseca del capitalismo de reducir el tiempo de trabajo directamente productivo en la proporción considerable que hoy permitiría el nivel científico-técnico.

En términos más generales, podemos decir que el avance de la ciencia, agrava, radicaliza, la contradicción capital-trabajo; que no sólo mantiene, sino que refuerza el papel de la clase obrera como clase decisiva, dirigente, de la revolución llamada a destruir el capitalismo. (3).

Nos queremos detener más en otro aspecto: el de los **intelectuales**, o más bien el de los técnicos, científicos,

profesionales, artistas etc. Estas capas sociales sufren un profundo cambio con la revolución científico-técnica.

Su número se eleva en proporciones realmente impresionantes; su peso en la producción, y en toda la vida social, se ha multiplicado en los últimos lustros. Los gastos en investigación han pasado en EE.UU. de mil millones de dólares en 1940 a más de treinta mil millones en la actualidad. El número de científicos e ingenieros en EE. UU. se ha multiplicado 7 veces entre 1940 y 1964. El número de científicos, en Japón y Francia, se duplica cada 7 ó 10 años...

La parte de las inversiones productivas de EE.UU., dedicada a investigación y enseñanza, ha pasado de un 17% en 1950 a un 25% en 1970.

Pero no se trata sólo de cambios cuantitativos, aunque éstos sean importantes. De hecho, toda la problemática de los intelectuales se ha modificado. Al convertirse la ciencia en fuerza productiva directa se transforma radicalmente la proporción de trabajo intelectual sometido a la explotación capitalista. El esquema anterior es que un descubrimiento (realizado por un inventor trabajando individualmente) da lugar, al cabo de X tiempo (siglos a veces), a la creación de una máquina: el obrero (y estos rasgos siguen siendo hoy dominantes) se convierte en apéndice casi ciego de esa máquina, a la que aporta gestos físicos rutinarios. Lo «intelectual» es la máquina. La ciencia se opone al obrero, integrada en el capital.

El esquema (aún inicial, pero al que tiende la revolución científico-técnica) es el de trabajadores que necesitan, en los diversos nudos de un proceso productivo más o menos automatizado, programar, comprender, interpretar los datos de los computadores para introducir decisiones, correcciones, reparaciones en la marcha de la producción. A la vez existen —fundidos de hecho con el proceso productivo— centros de investigación que preparan mejoras, innovaciones. Así, el trabajo intelectual, científico, como trabajo vivo, es parte integrante, y esencial, de la producción. Trabajo **explotado** por el capitalismo, fuente (en proporción creciente) de la plusvalía acumulada por el capital. El concepto de explotación no implica el de miseria del trabajador. Hay explotación cuando hay apropiación privada del fruto de trabajo de otro. Un científico puede ser explotado en una proporción elevadísima y vivir relativamente bien.

Lo que ocurre, en resumen, es que la contradicción básica capital-trabajo engloba a un porcentaje cada vez mayor de la población, incluida la aplastante mayoría de los intelectuales. A la vez, en los países desarrollados, se ha iniciado ya, en el seno de las fuerzas productivas, el proceso objetivo que tiende a superar las diferencias entre trabajo físico y trabajo intelectual (la conclusión de ese proceso, cómo sabemos, será un rasgo del comunismo). Se eleva el nivel cultural de los obreros; se calcula que, dentro de 20 a 30 años, la enseñanza media (extrapolando los ritmos actuales) abarcará en numerosos países a más de la mitad de la población.

El nuevo papel de la ciencia ha suscitado una discusión en el seno del marxismo acerca de los límites actuales del trabajo productivo. Las últimas opiniones, incluso en zonas inicialmente contrarias a esta tesis, es que se debe considerar trabajo productivo (incluso en el sentido capitalista específico del término) el de la gran mayoría de los científicos, especialistas, ingenieros, técnicos... (hay una minoría superior integrada, desde luego, en la clase capitalista). Algunas revistas soviéticas subrayan esta tesis:

«Por su situación objetiva, la mayoría de los científicos e ingenieros son aliados potenciales de las fuerzas revoluciona-

rias de la sociedad. Al cambiar su puesto y lugar en el proceso social, al convertirlos en fuerza trabajadora, asalariada, el capitalismo contemporáneo crea las condiciones objetivas que permiten que la intelectualidad de científicos e ingenieros se convierta en una fuerza activa, en un destacamento protagonista de las fuerzas revolucionarias... Por favorable que sea su situación material, los representantes de la intelectualidad científico-técnica se convierten en fuerza productiva asalariada, la cual es explotada lo mismo que cualquier trabajo asalariado. El carácter y los resultados de la aplicación de ese trabajo son determinados y usurpados por la burguesía». («Cuestiones de Filosofía», Moscú, 1971, n° 12, pág. 53-54.)

Otra revista de Moscú considera que el conjunto de los trabajadores de la enseñanza y la sanidad (además de los ingenieros y técnicos participantes en la producción) deben ser considerados parte del proletariado. Escribe:

«Guiándonos por los principios leninistas de determinación de las clases, hay que incluir en la composición del proletariado a la categoría de asalariados que crece más rápidamente, trabajadores técnicos e ingenieros, científicos, médicos que trabajan en servicios estatales, enseñantes, profesores de Universidad...» («Cuestiones de Economía», Moscú, 1971, N° 2, pág. 109.)

Antes, una parte considerable del trabajo intelectual se hacía en forma artesanal, del «pequeño productor dueño de sus instrumentos de producción»; tales son las profesiones liberales. Hoy, sin que esos haya desaparecido (y menos en un país de desarrollo medio y contradictorio como España) esa forma disminuye y está condenada. La dinámica de su eliminación se impone. En tiempos nada remotos, las invenciones y descubrimientos eran propiedad del inventor. Hoy, del 75% al 80% de las invenciones son propiedad de las empresas capitalistas. A la vez, desaparece el inventor individual. Inventar deviene un proceso permanente, más colectivo, y se vincula más directamente al producir.

El que la ciencia se convierta en fuerza productiva directa significa que el número creciente de técnicos, ingenieros, trabajadores científicos (incluidos los que no trabajan directamente en la producción, los de la enseñanza, la sanidad, la investigación etc.) aparecen como representantes de una parte de las fuerzas productivas.

Traduzcamos hoy la contradicción fuerzas productivas-relaciones de producción en términos de clase. De un lado tenemos la burguesía (y sobre todo a la oligarquía) como exponente de las relaciones de producción capitalistas. Frente a ella debemos colocar como expresión de las fuerzas productivas contemporáneas, al lado del ejército proletario (y en parte en su propio interior), a la gran mayoría de los técnicos, profesionales e intelectuales.

III. VIEJAS Y NUEVAS CONTRADICCIONES.

Estos sectores tienen pues, por su lugar objetivo en la sociedad, contradicciones antagónicas, de clase, con el capital. En una medida determinada, éstas son iguales o parecidas, o paralelas a las de la clase obrera. Hay otras más específicas. Aquí me referiré solamente a cuatro aspectos.

A. Asalarización. Es una cuestión sobre la que se ha escrito bastante. Las recientes luchas que han tenido lugar en España son muy netas y confirman tendencias que se manifiestan también en otros países: al lado de zonas privilegiadas (debidas a formas de trabajo capitalista, a vínculos con la burguesía o con su Estado) crecen las

zonas condenadas a una «asalarización» global. Sobre todo entre los jóvenes, y en ramas y sectores muchas veces de vanguardia en el plano técnico. El paro y la inseguridad en el empleo crean situaciones insostenibles. Se dan formas escandalosas de explotación del joven intelectual, convertido en trabajador eventual. Estos fenómenos, debidos al sometimiento al mercado capitalista del trabajo, se convierten en crónicos en muchos países capitalistas. Y no sólo en las condiciones españolas

B. Jerarquía. Autoridad. Se trata de la serie de contradicciones entre la jerarquía del saber, del conocimiento, y la jerarquía dimanante de la propiedad capitalista. De la imposición de un principio de autoridad al trabajo intelectual, que, por sí, lo rechaza. Son contradicciones entre la racionalidad propia de la ciencia y la irracionalidad del capitalismo. Este aspecto abarca una gama amplísima de problemas: tenemos la negativa de numerosos científicos a consagrar sus capacidades intelectuales a los fines bélicos del imperialismo; y, más en general, su deseo de participar en las grandes opciones que deciden el curso del desarrollo científico, su oposición a un sistema que inserta su creación en el marco de decisiones impuestas por los dueños de los medios de producción, o por el Estado capitalista. Tenemos, por otro lado, en los lugares de trabajo, la permanente contradicción entre la jerarquía capitalista que necesita ser despótica, venir de arriba abajo, y la jerarquía propia del trabajo de creación, su carácter cada vez más colectivo, democrático.

Esa jerarquía que el capitalismo necesita imponer es, además, el terreno de cultivo de toda clase de privilegios, nepotismos, injusticias, corrupciones, que sirven en cierto modo de barrera a la presión que la racionalidad científica ejerce en el proceso de producción.

El capitalismo necesitaría que el intelectual pensase sólo en el trozo limitado de conocimiento necesario para su tarea productiva concreta; y que sólo alcanzasen la esfera de las ideas generales quienes estuviesen totalmente indentificados con la sociedad. Pero eso choca con la dinámica propia de la revolución científico-técnica.

De estas contradicciones surgen tendencias hondamente democráticas en los sectores de técnicos y profesionales; y con un contenido que va más allá que la democracia formal: el antiautoritarismo, la voluntad de autogobierno en los centros de investigación etc. Y la voluntad de participar en las grandes decisiones nacionales de las que depende el futuro de la enseñanza, sanidad, desarrollo científico, y por lo tanto económico.

C. Los problemas de la enseñanza y la Universidad. En estas esferas se dan contradicciones profundas, derivadas de la nueva división del trabajo que comporta el papel que la ciencia va ocupando en la producción. El tema ha sido tratado ampliamente en nuestra revista.

(M. Sacristán: «3 lecciones sobre la Universidad y la división del trabajo».)

Querría sólo subrayar aquí su impacto social. Tenemos la masa del personal de enseñanza y, a la vez, la masa de los estudiantes, incluidos, hoy, los de enseñanza media. El fenómeno general de que los jóvenes alcanzan su madurez mental y política a los 14 ó 15 años determina que las contradicciones propias de un sistema de enseñanza caduco, totalmente inadecuado, conviertan no sólo las Universidades, sino otros centros de enseñanza, en focos de lucha política, de rebeldía.

La relación enseñante-estudiante encierra cuestiones complejas. En una situación como la española, que facilita y exige una politización muy clara, se colocan en primer plano las plataformas comunes de lucha.

El nuevo nivel alcanzado por la lucha contra la Ley General de Educación confirma la extraordinaria hondura social y política de las contradicciones que dimanar del sistema de enseñanza; éstas pueden engendrar —con una orientación acertada— una práctica de lucha unida, de coordinaciones amplísimas, de los diversos sectores de la enseñanza, de éstos con otros sectores de la cultura. Y asimismo —cuestión decisiva— con la clase obrera.

La experiencia española destaca también el papel de impulsor que en este frente desempeña el movimiento estudiantil. La concentración de estudiantes en grandes masas, su propia juventud y «no inserción» en la estructura social, la perspectiva de tener que someterse al implacable mercado del trabajo, su forma de vida, que facilita una permanente discusión política, y otras condiciones, les convierten en una fuerza revolucionaria susceptible de alcanzar —como lo demuestra España— muy altos niveles de combatividad. Este es un rasgo muy positivo para el movimiento obrero.

D. Colonialismo científico y necesidad de un desarrollo científico nacional. En numerosos países (y de una forma acusada en España) es una cuestión que está en la base de otras contradicciones y que afecta de un modo angustioso a casi todas las zonas del trabajo intelectual.

Las fuerzas productivas tienden, y hoy a un ritmo mayor que nunca, a la internacionalización. Es una tendencia progresiva y que, mañana, creará la base de una sociedad comunista universal. Pero a la vez, al devenir la ciencia fuerza productiva directa, se convierte en terreno de choque antagónico entre las tendencias imperialistas, colonialistas, y los intereses nacionales.

Una de las formas actuales del neocolonialismo yanqui es el científico. Uno de sus instrumentos es «la trata de cerebros». En el decenio del 60, más de 70.000 científicos y especialistas de América Latina (de ellos casi 40.000 con grado universitario) fueron «importados» por EE.UU. Lo mismo ocurre (en mayor o menor proporción) en Europa etc. Sobre la exportación de cerebros españoles, un dato elocuente es que, de 19 promociones de físicos, el 75% trabajan en el extranjero.

Quizá sea España el país europeo donde la política de capitulación nacional, en el terreno científico, alcance extremos más graves. El N° especial de «Cuadernos para el Diálogo» «Ciencia, Técnica e Investigación» aporta a ese respecto elementos muy interesantes. Tenemos unos 7 investigadores por 100.000 habitantes (frente a 39 en Italia, 71 en Francia, 84 en Suecia, 110 en Inglaterra; nuestro nivel es muy inferior a la media de América Latina...).

Nuestras inversiones en investigación son del 0,20% del P.N.B. (frente a 2,5 en Francia, 1,37 en Suecia, 1,3 en Italia, 0,75 en Egipto, 0,33 en Turquía). Ahora bien, en la etapa actual, las inversiones en enseñanza e investigación son las más rentables para el desarrollo del país. Por otra parte, con una concentración y selección acertada de campos y objetivos, un país relativamente atrasado tiene la posibilidad, precisamente en las condiciones de la revolución científico-técnica, de superar su atraso con más rapidez que en épocas anteriores (cuando, por ejemplo, la producción de acero por habitante era el índice decisivo).

Nadie piensa, huelga decirlo, en una «ciencia nacional», en una autarquía científica. Es necesario en ese terreno el máximo desarrollo de las relaciones internacionales, con audacia, con plena multilateralidad. Pero con un centro, un eje, un plan, una política española; con instrumentos propios que respondan a las necesidades

de un desarrollo económico, social, cultural, de lo que es el Estado español (con todas las descentralizaciones que exige nuestra realidad multinacional).

Factor esencial de lucha en los medios intelectuales es el enfrentamiento con una política como la actual que convierte nuestro atraso, con el pago de «royalties», en fuente de financiación de la investigación en EE.UU.; que llevaría España a convertirse en simple objeto de procesos técnico-económicos decididos por otro país. No podemos perder la ocasión, que crea la revolución científico-técnica, de acortar nuestro atraso, de devenir sujeto, protagonista, de las futuras etapas del desarrollo europeo.

Las diferentes contradicciones objetivas a las que nos acabamos de referir crean las bases materiales para la incorporación de profesionales, técnicos e intelectuales a la lucha de clases. Pero esa incorporación no es una avenida recta, sin baches. Una serie de mediaciones, en el propio terreno material, en la esfera subjetiva, la dificultan, la contrarían; es un proceso complejo. Existen numerosos vínculos (familiares, hábitos, tradiciones culturales, formas de vida) que ligan a muchos intelectuales con la burguesía. La relación profesional-obrero (en su forma más directa, personal) es por lo general contradictoria: el ingeniero, o el médico de un ambulatorio, son la encarnación, en muchas ocasiones, de la opresión de clase. Existe, además, una labor sistemática de los monopolios, y del Estado burgués (incluso del imperialismo a escala internacional) por frenar el acercamiento de esos sectores a la clase obrera, fomentando las «soluciones individuales», manteniendo las barreras clasistas entre técnicos y obreros, rodeando de verjas doradas la propia «trata de cerebros» etc.

Por eso tienen tanta importancia el nivel subjetivo, la comprensión teórica, los problemas políticos e ideológicos planteados por el nuevo papel de la ciencia en el proceso productivo.

IV. EL PAPEL DEL ESTADO.

En España, si los cambios en las fuerzas productivas son aún muy reducidos, los movimientos revolucionarios de técnicos, profesionales e intelectuales (y el de los estudiantes en un grado mayor aún) alcanzan un alto nivel político y ocupan en la lucha democrática un lugar destacado, muy superior al de cualquier período anterior; su engarce con el movimiento obrero está más avanzado de lo que ocurre en otros países.

En nuestras condiciones (como ya hemos indicado en casos concretos) las contradicciones estructurales se agudizan, se ponen al rojo, porque la forma política del sistema capitalista es una dictadura fascista descompuesta y corrompida hasta los tuétanos.

En general, una de las características de los movimientos intelectuales contemporáneos es que chocan de manera muy directa con el Estado capitalista. Su proceso de inserción en la lucha de clases difiere así de lo que ocurrió en las etapas iniciales del movimiento obrero, que chocaba directamente con el patrono, y más indirectamente con el Estado. Pero esta diferencia no es casual.

El capitalismo monopolista de Estado se origina en el período de la Primera guerra mundial. Después, el nuevo papel del Estado, como factor determinante en el funcionamiento del capitalismo, es, en gran parte, respuesta a necesidades surgidas de la revolución científico-técnica; al reto que para el capitalismo representa el nuevo papel de la ciencia.

Gracias al sistema del capitalismo monopolista estatal, éste puede realizar acumulaciones e inversiones en las proporciones exigidas por las conquistas científicas (imposibles de forma privada); puede afrontar, si bien en medio de contradicciones crecientes, las nuevas vinculaciones enseñanza-investigación-producción, y asimismo de éstas con el aparato militar etc.; puede, a la vez, dirigir, encauzar, e incluso, en muchos casos, frenar el progreso técnico. De esa manera ha logrado «encajar» hasta ahora la contradicción intrínseca entre desarrollo de la ciencia y capitalismo; ha utilizado incluso los progresos científicos para introducir cierta «regulación» de su economía, prever y amenguar fenómenos de crisis etc.

Este proceso tiene lugar en un período en el que, a escala mundial, el capitalismo está sometido al desafío, a la competencia y estímulo que representa la existencia de un sistema socialista. Esto frena, contrapesa, la tendencia «clásica» del monopolio a asfixiar el progreso técnico.

A la vez, el sistema socialista, por causas históricas, se ha establecido en países industrialmente atrasados y ha iniciado la revolución científico-técnica con un retraso considerable respecto a los países capitalistas desarrollados.

Abordemos brevemente el problema del Estado socialista. El retraso de una serie de países socialistas en la cibernética, ramas de la química etc. se debe, no sólo al punto de partida histórico, sino a factores políticos, superestructurales, ideológicos. Esquemáticamente la complejidad del problema, podríamos decir que, a causa de la burocratización del Estado y de la dogmatización de la teoría marxista, unas necesidades objetivas del desarrollo científico no pudieron abrirse paso; quedaron paralizadas por decisiones autoritarias, políticas, y además arbitrarias, basadas en falsificaciones teóricas. Esa experiencia demuestra que la persistencia del Estado crea una mediación entre la ciencia y el sistema socialista; la armonía entre ellos no es automática. Para garantizarla, hace falta que el socialismo sea auténticamente democrático, que promueva una libre discusión científica, una capacidad de decisión de las masas, y de los especialistas, sobre las grandes opciones de la vida social. Tal es el camino del avance hacia el comunismo, necesidad interna del propio sistema socialista cuando las fuerzas productivas alcanzan un altísimo nivel científico.

La teoría de una relativa estabilidad del socialismo como formación socio-económica, de la no actualidad de los problemas del paso al comunismo, con el nivel que están alcanzando las fuerzas productivas, parece más bien una justificación para la persistencia de formas burocráticas en el sistema político (4).

La superación de aspectos negativos del sistema político socialista en una serie de casos, los avances de la desburocratización, de la auténtica democracia socialista, están ligados a la elevación del potencial ofensivo, político e ideológico, de la revolución socialista en el mundo.

Por las causas que hemos indicado más arriba, la superioridad intrínseca del socialismo ante el progreso científico no ha alcanzado, en la confrontación mundial de los dos sistemas, el grado de transparencia (y de eficacia política) que hubiese podido tener en circunstancias diferentes.

En los países capitalistas desarrollados se acentúa ahora una tendencia contradictoria ante los nuevos niveles alcanzados por la revolución científico-técnica: se la empuja en ciertas zonas, militares etc. Pero se frena la aplicación de conquistas científicas decisivas, concretamente en la industria. Los computadores se aplican, en

una proporción aplastante, en el sector terciario, para automatizar operaciones contables, control de «stocks», estudios de mercado etc. En cambio, el empleo de computadores en los procesos directamente industriales es muy escaso, y muy inferior al que se había previsto hace 5 u 8 años. El parque de computadores utilizados, en EE.UU., en la producción no representa más del 2% del valor mercantil del total de computadores. Según J.C. Quiniou («Marxisme e Informatique», Paris 1971) el porcentaje de inversiones en el mundo capitalista para computadores destinados a la producción no supera el 3% del total de inversiones en computadores. Este autor escribe que, hasta ahora, los computadores han servido más para «manualizar» trabajos intelectuales, que no para mecanizar trabajos físicos. Estos datos confirman que el actual nivel científico está abriendo un abismo cada vez más gigantesco entre las capacidades materiales, técnicas de las actuales fuerzas productivas, y su utilización «sobre la base estrecha» del capitalismo.

V. UNA NUEVA MANERA DE HACER POLITICA.

La intelectualidad siempre ha desempeñado un papel activo en política. Su función específica ha sido producir la hegemonía política y espiritual de las clases dominantes. El intelectual que se pasaba a la revolución rompía con el puesto que le asignaba la sociedad.

Este esquema se quebró, en cierta medida, con el Frente Popular en España: contra la agresión fascista, que atacaba los valores del humanismo burgués, sectores de la más alta calidad cultural se situaron con la República, junto a las fuerzas revolucionarias. Otros muchos adoptaron un «tercera posición». Eran actitudes dictadas por convicciones ideológicas.

Lo nuevo es que hoy la crisis de la enseñanza, de la sanidad, del cine, de la investigación, de las profesiones jurídicas etc. (5) son temas de discusión política. Los profesionales de esas ramas tienen que definirse, no sólo ideológicamente, sino socialmente, en tanto que profesionales. Surge así una nueva manera de hacer política —política revolucionaria— para los intelectuales y profesionales. Ya no se trata de compromisos individuales, o de grupo, en torno a cuestiones morales o ideológicas. Se trata de una acción de masas, social y política, que parte de las condiciones mismas de su trabajo y que se proyecta sobre las contradicciones básicas de la sociedad. En esto radica el eje del encuentro de esas acciones, de esos movimientos, con la clase obrera.

Al entrar en la escena política les acompañan atributos propios. Y aunque generalizar en esta cuestión es errar (en mayor o menor medida) indicaremos algunos: como ya hemos visto, su choque con el Estado es muy directo. De ahí una fuerte politización. Además, por su condición intelectual, tienden a ver más los ángulos teóricos, a intelectualizar las experiencias concretas, a analizar los aspectos más profundos, más a largo plazo. Con frecuencia, surgen dificultades para la comprensión de los momentos inmediatos, tácticos; y mayor inclinación a los problemas de la perspectiva socialista. La sensibilidad ante los problemas internacionales es particularmente alta; no es exagerado decir que en EE.UU. la protesta contra la guerra del Vietnam ha sido el punto de arranque de los movimientos contestatarios en las Universidades y otros centros. En otros países ha ocurrido lo mismo; o ha servido para estimular extraordinariamente movimientos ya existentes.

No obstante, el aspecto reivindicativo es esencial en esos sectores. Los ejemplos españoles son claros: las

grandes huelgas de la enseñanza, de hospitales, han partido de reivindicaciones profesionales. Igual experiencia nos dan las acciones de abogados, periodistas, investigadores, informáticos etc. Ciertamente que las reivindicaciones no son sólo económicas; el cambio de la organización, incluso del contenido de su trabajo, la negativa a convertirse en peones de aparatos estatales, son rasgos reivindicativos con frecuencia esenciales.

En la actual movilización de las fuerzas de la cultura contra el franquismo, al lado de los factores nuevos (a los que está dedicado este artículo), siguen teniendo mucho peso otros, derivados de las tradiciones democráticas y de la propia experiencia del Frente Popular. Olvidarlos, o subestimarlos, sería absurdo. La defensa de la cultura (dando a esa palabra su sentido más amplio) como la defensa de la libertad, son plataformas esenciales.

El desarrollo de los movimientos profesionales e intelectuales —lo mismo que en el movimiento obrero— depende mucho de una dialéctica acertada entre los fines inmediatos y los más lejanos, lo reivindicativo y lo político, las luchas de hoy y la preparación de los cambios de mañana. Es decisivo que las relaciones, la acción común, la unidad con el movimiento obrero se realicen partiendo de objetivos comunes, concretos, inmediatos. Y no sólo mediante contactos de grupos responsables y dirigentes, sino con un carácter de masas, precisamente en el terreno sólido de la acción y la lucha. Esa unidad tiende, en ciertos casos (como el de técnicos de empresa y otros) a la fusión en el movimiento obrero. En la mayoría de los casos, a articular (junto con las masas campesinas y otros sectores) la **alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura**, como base socio-política de la revolución socialista española. En esos procesos de unidad, el papel del factor no espontáneo, subjetivo, del partido de vanguardia de la clase obrera, es muy importante.

Este tiene que dar conciencia a la clase obrera, y a esos mismos sectores, de la **necesidad** de su incorporación a la lucha por la democracia y el socialismo. Y no como algo adjetivo, sino sustancial, integrando ese aspecto en una estrategia global de lo que puede ser la revolución socialista en los países capitalistas desarrollados.

Tomemos la huelga nacional (que no necesitamos sólo ahora para la lucha contra el franquismo, sino que podrá ser instrumento mañana para la toma del Poder por la clase obrera y sus aliados); será decisivo que a ella se incorporen Universidades, Institutos, escuelas y otros centros docentes, hospitales, estudios de cine, bufetes de abogados, editoriales... La experiencia del mayo francés (llena de enseñanzas válidas a pesar de su fracaso) destaca la importancia de los técnicos de radio y televisión, de los periódicos, de los teatros etc.

Por otra parte, de cara al Ejército y al aparato del Estado (dentro del cual trabajan decenas de miles de profesionales e intelectuales, cuya actitud protestataria empieza a manifestarse en España; incluso en altas esferas como la magistratura) tanto en el terreno moral, como político e incluso en lo técnico y material, la actitud de intelectuales y profesionales puede influir de modo considerable en sus determinaciones.

Consideramos errónea la concepción, que respondía a algo en épocas anteriores, pero que ha perdurado demasiado en el movimiento comunista (al menos, en algunos países) de los estudiantes y profesionales como aliados temporales para una etapa democrática; o como una fuerza sectorial que puede ayudar a una reforma de la enseñanza, de la sanidad, pero sin admitir que tengan

algo importante que decir en el terreno político y revolucionario general.

Si el potencial revolucionario, que objetivamente surge en esos sectores, no encuentra su enlace con la clase obrera, no puede realizarse en el terreno real, histórico, se frustra, se refugia en la especulación. Ello facilita la difusión de ideologías reformistas, o incluso reaccionarias. Con más frecuencia, cuando la tensión política es fuerte, ciertas querencias, en sí minoritarias, al extremo abstracto, gesticulante (que no son sólo de fuente pequeñoburguesa) se manifiestan en esos ambientes con relativa amplitud.

Los problemas de esos sectores son todo menos sectoriales. De que la clase obrera, y su partido, los tomen en sus manos depende hoy, en no escasa medida, su capacidad de hegemonía; porque afectan a puntos claves de la revolución socialista en las condiciones contemporáneas.

Esta no se presenta nunca «químicamente pura». Hoy a la vez que exigen solución en numerosos países tareas antifeudales y de liberación nacional, el desarrollo científico coloca sobre el tapete problemas nuevos que la revolución socialista debe resolver como parte de sí misma.

Una amplísima campaña, típicamente ideológica, pretende convencernos de las amenazas que el desarrollo actual significa para la ecología... El potencial científico es presentado como fuerza metapolítica causante de por sí de los peores males. La verdad es que el peligro no viene de la ciencia; viene de la perduración del capitalismo que «administra» fuerzas científicas enormes según la ley del beneficio. El imperialismo (incluso sin llegar a provocar una guerra mundial) aparece como un enemigo casi biológico del género humano. Lo que urge, por eso, es acabar con el imperialismo para que la humanidad pueda administrar las fuerzas científicas de que hoy dispone **a su servicio**; es decir, de manera socialista; mejor dicho, comunista. Crear así un **nuevo tipo** de desarrollo humano que, al iniciar el avance hacia el comunismo, al destruir la explotación clasista, presentará ya jerarquías de consumo, de vida, cualitativamente diferentes; y hará que sean los hombres mismos quienes digan y decidan cómo quieren vivir.

En España, la futura revolución socialista (y ello se presentará ya desde la etapa de transición, la democracia política y social) tendrá que plantearse, como parte de su **contenido**, además de las condiciones básicas (propiedad colectiva de los medios de producción, poder político de la clase obrera y de sus aliados) cuestiones como las siguientes: una revolución de la enseñanza y de la cultura, para acabar ahí con las barreras clasistas y abrir cauce a la nueva división del trabajo humano; una revolución en la sanidad; una revolución en el urbanismo; una revolución en la información (radio, televisión, prensa etc.). Estos cambios serán medularmente democráticos, y no en un sentido formal, sino haciendo que en todos los niveles, las masas, los trabajadores, sean dueños de los medios de producción y de expresión. Por eso serán cambios socialistas.

En esa perspectiva, el papel, ya desde ahora, de los intelectuales y profesionales se acrece. Necesitan participar más (y en particular sus vanguardias comunistas) en la discusión teórica marxista, abierta, libre, que hace falta desarrollar sobre los problemas de la democracia política y económica, del camino español al socialismo. En sus ramas específicas, impulsar elaboraciones autónomas de los problemas más inmediatos, ligados directamente a la lucha contra el franquismo, y de los cambios futuros .

Una de las bases del pluralismo de la estructura socialista que cabe concebir para España, serán zonas de autogobierno en la enseñanza, la Universidad, la sanidad, la información, la cultura... No separando a los especialistas de los otros trabajadores, sino buscando formas nuevas de democracia que integren la participación de las más altas capacidades científicas y técnicas, con la efectiva decisión democrática de las masas.

La teorización de estos problemas futuros no aleja, sino que ayuda con frecuencia a responder a necesidades políticas y combativas de hoy. Abre nuevos terrenos a la discusión, a la unidad con otras fuerzas partidarias del socialismo. Es estímulo también para la lucha y quehacer de cada día.

NOTAS

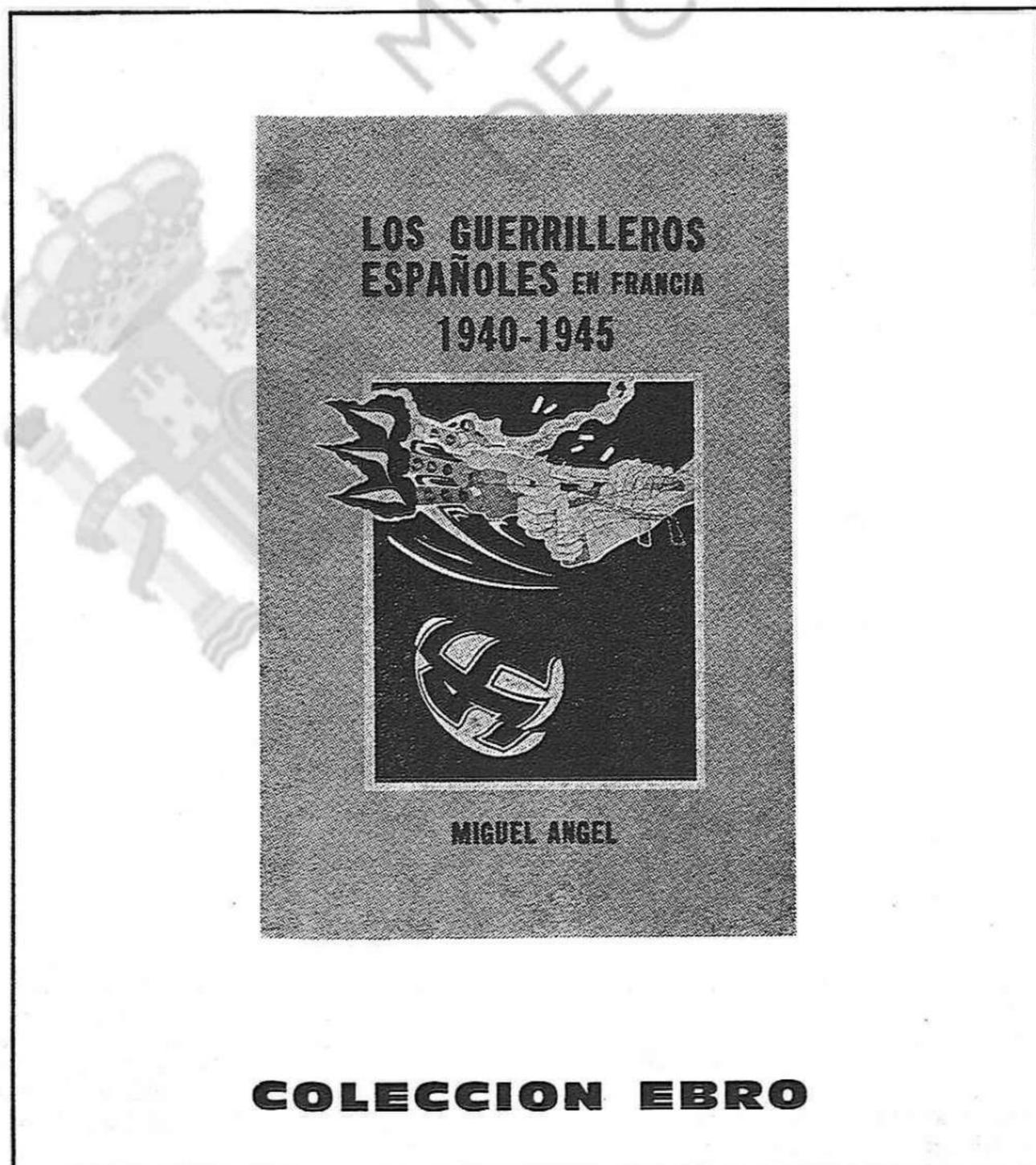
(1) El libro «La civilización en la encrucijada», de Radovan Richta, cuya traducción española ha editado Artiach este año, es el mejor estudio que conozco.

(2) Aprovecho para insistir sobre el carácter muy abierto de este trabajo; es muy probable que, al exponer algunas de las ideas contenidas en él, incurra en exageraciones o errores. Soy consciente de las insuficiencias de algunas argumentaciones. Pero creo que someter este tema a discusión, publicándolo, es el mejor camino para superar sus debilidades.

(3) Eso no significa que no dota a la burguesía de instrumentos para mantener y reforzar su poderío. Sobre ello volveremos. Pero la tendencia histórica esencial es la que indicamos aquí.

(4) Por otra parte, determinados momentos de las relaciones China-U.R.S.S. muestran que, en el socialismo, pueden persistir tendencias, en el Estado más avanzado, a utilizar su superioridad técnico-científica como medio de presión política.

(5) Deberíamos agregar la literatura, el arte. Pero el problema tiene —junto con rasgos básicos comunes— otros específicos que no puedo abordar aquí.



Mikel Erdera

CONCIENCIA NACIONAL Y CONCIENCIA DE CLASE

(segunda parte)

V. — Algunas reflexiones sobre la teoría marxista de la nación

A) ACERCA DE LA PERMANENCIA DEL HECHO NACIONAL EN LA REVOLUCION SOCIALISTA.

Si peligroso sería idealizar los movimientos nacionales «por encima» de unos concretos intereses de clase, no menos aberrante para un partido marxista sería negar la realidad multinacional de España por una insistencia unilateral en la perspectiva clasista. Uno de los últimos combates que libró Lenin contra el ascenso del burocratismo fue justamente la crítica de las posiciones «ultra-clasistas» del «derecho a la autodeterminación de las masas trabajadoras», entendido en el sentido de que la clase obrera —y, desde luego, a través del Partido— es la única que puede decidir los destinos de una nación. Stalin, Bujarin y otros dirigentes bolcheviques trataron de que el partido sustituyera en su programa el principio de autodeterminación nacional por ese «derecho a la autodeterminación de las masas trabajadoras», para evitar así la separación de Finlandia. Lenin, en 1919, pudo lograr que el chovinismo gran-ruso no se impusiera a la consecuencia revolucionaria: «...negar la autodeterminación de las naciones y reemplazarla por la autodeterminación de los trabajadores es totalmente falso, porque es no tener en cuenta las dificultades con las que se opera la diferenciación de las clases en el seno de las naciones... Hay que reconocer a cada nación el derecho de libre determinación, lo cual contribuirá a la emancipación de los trabajadores» (27). La anexión forzada de Finlandia hubiera sido una caricatura de socialismo, hubiera provocado una reacción nacionalista burguesa que arrastraría a los trabajadores, y sin la dirección del Estado por las propias masas obreras ¿qué auténtico poder revolucionario podía construirse sobre las bayonetas del ejército rojo? Lenin insistió siempre en que el proletariado sólo alcanza su plena conciencia de clase, la comprensión de su misión histórica, por su propia experiencia en la lucha contra la burguesía nacional.

Tras la guerra civil rusa, y con Lenin ya gravemente

enfermo, se constituye la «Unión de Repúblicas socialistas soviéticas», que suponía en la práctica la negación del derecho de autodeterminación; de hecho, la independencia de Georgia había sido suprimida tras una ocupación militar; tal situación, justificada en nombre de necesidades bélicas, tendía a consolidarse; el principio constitucional de autodeterminación de las repúblicas Federadas iba a quedar en un plano meramente teórico, dada la institucionalización del partido único y la supresión de fracciones en su seno. Quizá parezcan superfluas estas observaciones históricas, pero aún es demasiado frecuente entre nosotros la idealización de la URSS como ejemplo de resolución internacionalista de la cuestión de las nacionalidades. Hay en su experiencia grandes avances y también grandes deformaciones. Para no extendernos demasiado, nos remitimos a un testimonio sobradamente expresivo del propio Lenin.

El 30 de diciembre de 1922, el mismo día en que el Congreso de los Soviets aprueba el proyecto de Stalin, Lenin hacía llegar una de sus últimas «notas», que durante mucho tiempo sería silenciada por la dirección estaliana. Lleno de angustia, y de esa capacidad autocrítica que caracterizaba al más grande de los revolucionarios, decía Lenin: «Me parece que he incurrido en grave culpa ante los obreros de Rusia por no haber intervenido con la suficiente energía y dureza en el decantado problema de la autonomización que oficialmente se denomina, creo, problema de la unión de repúblicas socialistas soviéticas... He podido sólo conversar con el camarada Dzerzhinski, que ha vuelto del Cáucaso y me ha contado cómo se halla este problema en Georgia... en qué charca barrizal hemos caído... 'La libertad de separarse de la unión' con la que nosotros nos justificamos, es un papel mojado, incapaz de defender a los pueblos alógenos de Rusia de la invasión del 'ruso genuino', del gran ruso chovinista, en el fondo un hombre miserable y dado a la violencia como es el típico burócrata ruso... Yo creo que en este asunto han ejercido una influencia fatal las prisas y los afanes administrativos de Stalin, así como su saña contra el famoso 'socialnacionalismo'. De ordinario la saña siempre ejerce en política un papel desastroso... El daño que puede sufrir nuestro Estado por la falta de aparatos nacionales, unificados con el aparato ruso es incalculablemente, infinitamente menor, que el daño que representan, no sólo para nosotros, sino para toda la Internacional (...) actitudes imperialistas hacia las nacionalidades oprimidas (...) Sería un oportunismo imperdonable si en vísperas de esta acción del Oriente, y al principio de su despertar, quebrásemos nuestro prestigio en él, aunque sólo fuese con las más pequeña aspereza e injusticia con respecto a nuestras propias nacionalidades no rusas» (28).

El internacionalismo de Lenin, su radical antiimperialismo, se funda en una convicción de que, mientras no maduren las condiciones para el asalto revolucionario a nivel mundial, no cabe concebir la revolución socialista más que sobre las particularidades de cada marco nacional —lo cual es muy distinto, dicho sea de paso, del socialismo «en un solo país»—. En el nivel actual de las formaciones sociales, los procesos revolucionarios se plantean objetivamente como explosiones internas de las estructuras capitalistas, como transformaciones concretas de cada sociedad, cada cultura, cada Estado nacional, que rompen un particular eslabón del sistema mundial del imperialismo, mediante la acción consciente de las propias fuerzas oprimidas en el seno de cada estructura. Sólo la conciencia de su específica opresión, el conocimiento concreto —no trasladado de otras experiencias o de meras generalizaciones— de las relaciones de producción y de las superestructuras ideológicas que las mantienen, permite a las fuerzas revolucionarias llevar a cabo el derrocamiento de los explotadores. En la producción capitalista, donde todas las prácticas, desde la política hasta la cultural, todas las

representaciones colectivas, están condicionadas por la atomización del mercado de trabajo y de consumo en «individuos» cuya cohesión esencial se realiza al nivel del mercado nacional, no es posible la articulación y la movilización de las clases trabajadoras si no se parte de ese marco nacional concreto. En suma, «el primer deber internacionalista del proletariado es hacer su propia revolución». Todo lo cual quedaría mutilado si **al mismo tiempo** no se denuncia el carácter **relativo**, históricamente concreto y temporal, de la «nación». El socialismo como sociedad de **transición**, exige un marco nacional. Pero los comunistas no seríamos revolucionarios, habríamos convertido la teoría marxista en un mero instrumento de alcanzar y justificar el poder socialista, si no fuéramos más allá. Desde antes de la revolución socialista es ya vital combatir toda idealización del hecho nacional, que hoy mismo, en el Occidente capitalista, resulta estrecho ante fenómenos como las empresas multinacionales, la integración supraestatal de las programaciones monopolistas, la emigración masiva de los trabajadores, etc.

A estas alturas está ya harto probado que, incluso después de las revoluciones socialistas, las solidaridades nacionales mantienen una fuerza innegable. Las diferencias de desarrollo económico, la depauperación relativa creciente del mundo neocolonial, el fortalecimiento de los aparatos estatales y nacionales ante la revolución científico-técnica, contribuyen a mantener las viejas diferenciaciones históricas, las tensiones internacionales, que por otra parte son consustanciales a un mundo capitalista todavía poderoso, donde el fundamento último de la propiedad privada es la violencia. Desde esta perspectiva hemos de considerar la permanencia, en las actuaciones de ciertos países socialistas, del chovinismo de gran potencia que Lenin desenmascaraba bajo los mantos meramente ideológicos de «internacionalismo de clase», a veces enunciado cruda y simplemente como «razón de Estado». Frente a tales fenómenos, la defensa de la soberanía nacional de un Estado socialista es una necesidad indiscutible. Desde los acontecimientos de Checoslovaquia en 1968, las posiciones de nuestro Partido, liberándose de viejos «clichés», son suficientemente explícitas sobre esta cuestión: EN LA MEDIDA EN QUE LA REVOLUCION SOCIALISTA EXIGE UN MARCO NACIONAL, LA INDEPENDENCIA NACIONAL ES CONDICION DEL DESARROLLO SOCIALISTA

B) LA NACION COMO EXPRESION POLITICA DE UNA HEGEMONIA DE CLASE

Así pues, la nación no es una mera superestructura ideológica, que pueda arrancarse del proletariado mediante una mera lucha teórica. La nación es una realidad social, históricamente vinculada al desarrollo de la formación social capitalista, pero cuyos fundamentos son más antiguos y duraderos que los de la misma producción mercantil, capaces de permanecer todavía sólidamente arraigados en las sociedades de transición a las que llamamos, a veces simplificando mucho, «socialistas».

El fenómeno histórico de la nación agrupa solidaridades humanas que van más allá de una sola formación social. Los vínculos nacionales tienden, en cada situación histórica, a ser integrados de forma distinta según el contexto y la clase social que los asume como parte de su ideología: el concepto nacional en nombre del que los comerciantes y artesanos sublevados en las comunidades castellanas o en las germanías valencianas se oponen a Carlos V porque éste no entiende su lengua y se rodea de señores flamencos, es un concepto distinto de aquel de los protestantes holandeses que arrancan su independencia de la Corona de Austria, y difiere también del que inspira las formulaciones autonomistas de la pequeña

burguesía vasca derrotada en las guerras carlistas, el cual a su vez es muy lejano de las representaciones colectivas que mueven hoy a los revolucionarios vascos antifranquistas. El idioma, la religión, el territorio, las leyes tradicionales, la raza, la cultura, incluso la misma conciencia de opresión de clase estrechamente entrelazada a la conciencia nacional (como sucede también, por ejemplo, a los trabajadores católicos del Ulster o a los braceros negros de Rhodesia), son, según los casos, los ejes básicos en torno a los que se estructura la ideología nacionalista.

Tan irracional es la sublimación metafísica de la Nación (al estilo fascista, orteguiano o joseantoniano, caricaturas reaccionarias del idealismo mazzini-garibaldino de la burguesía ascendente) como negar el hecho nacional, en nombre de la elevación de la lucha de clases a un absoluto abstracto e irreal.

El hombre pertenece a una serie de comunidades, entre las cuales los marxistas consideramos como básica, determinante fundamental de las demás, la comunidad en la producción, la **clase**: pero, por encima y por debajo de la clase, «sobre-determinándola», existen muchas otras comunidades: familia vecindario, grupo de amigos, asociación recreativa, credo religioso o político, una civilización, la humanidad... La nación ocupa en esta escala un lugar intermedio, pero importantísimo, **porque en ella se basa el poder coercitivo del Estado**. La pertenencia a una comunidad nacional supone, de alguna manera, un **corte** respecto a las comunidades menores y mayores a que todo hombre pertenece; y es un **corte radical**, en la medida en que el Estado exige una identificación total, más intensa que los vínculos familiares, de clase, religiosos, etc., y por ello impone un servicio militar, una disciplina social y económica, presentando como «legítimo» su monopolio de la coerción física. En este sentido, se ha dicho que «todo nacionalismo es separatista» (29).

El nacionalismo separa a unos hombres de otros, y los separa rompiendo incluso otros vínculos, como los de clase. Los factores reales en que se basa esta separación aparecen bastante bien sistematizados en la clásica definición de Stalin: «La nación es una comunidad estable, históricamente constituida, sobre la base de cuatro elementos fundamentales, a saber: lengua, territorio, vida económica y formación psíquica, que se manifiesta en una comunidad de cultura» (**La cuestión nacional y el leninismo**). Aunque sea discutible la no consideración del factor étnico —que en ciertos pueblos tiene importancia, y pensamos incluso actualmente en la nación negra que persiste oprimida en EE.UU., en Rhodesia, en Sudáfrica—, creo que esta definición es válida porque, por una parte, subraya, frente a las concepciones idealistas, el carácter histórico **concreto**, basado en determinadas condiciones socioeconómicas, de toda formación nacional, y por otra parte, apunta la cuestión de la autonomía de los fenómenos culturales (30). Ahora bien, como diversos autores han señalado, esta definición es incompleta en la medida en que no recoge un aspecto tan decisivo como el es el carácter **político**, la estructura de poder propia de todo auténtico fenómeno nacional. En realidad, de la misma forma que toda nación sustenta o aspira a sustentar un Estado, podríamos decir también que **habrá Estados no sólo mientras haya clases, sino también mientras pervivan las solidaridades nacionales**.

Para la existencia de una nación no bastan los «elementos fundamentales» de la definición estaliniana (condición necesaria, podríamos llamarlo). Es preciso además, como condición suficiente, «un esfuerzo consciente por mantener y conformar una estructura política» (31).

La nación no es el Estado, pero es una condición **sine qua non** de éste. Sin comunidad nacional, no hay Estado posible. A su vez, sin la existencia de un Estado, o al

menos la tendencia a organizarse estatalmente, toda nacionalidad es un hecho históricamente en precario, susceptible de ser asimilada, con violencia o sin ella, por otras naciones estatalmente organizadas. En efecto, la nación supone tanto la «toma de conciencia» de unos hechos socioeconómicos y culturales preexistentes (los famosos «elementos») como la voluntad hegemónica de una clase dirigente de plasmar esa toma de conciencia en la praxis política de un Estado.

En el mundo moderno, la forma política cuasiuniversal que llamamos «Estado Nacional» expresa esa estrecha interrelación entre el aparato de Estado y la conciencia nacional. De la misma manera en que las raíces del poder de Estado son mucho más profundas y difíciles de arrancar que las de la propiedad privada de los medios de producción —aunque ambas estén inextricablemente unidas—, el fenómeno nacional no desaparecerá mientras no se desarrolle plenamente en nuestro planeta una base de abundancia material, de auténtica interdependencia económica sin la tensión de la escasez, junto a posibilidades de transporte, de información y comunicación, que superen los localismos geográficos y lingüísticos, mientras no se creen vínculos psicológicos y culturales a nivel de toda la humanidad, mientras no triunfe una conciencia activa de solidaridad mundial: en definitiva, mientras no se alcance la sociedad comunista, cuya edificación es el objetivo histórico de las sociedades de transición socialista.

En la medida en que todo Estado es históricamente producto de una formación social, instrumento que por la fuerza y la persuasión integra todas las actividades y relaciones sociales bajo el poder de un bloque hegemónico, es indudable que **en toda comunidad nacional existe siempre, como elemento esencial, una dominación de clase;** todo hecho nacional, desde el momento en que es conscientemente organizado como Estado, o al menos como movimiento político con aspiraciones estatales, expresa la dictadura de una clase social, en acto o en potencia.

Tan metafísico resulta hablar de «bien común», «conciliación de clases», «Estado de todo el pueblo», etc., como de «comunismo nacional». Cada forma de «conciencia nacional» es la expresión ideológica concreta de la dominación de la clase en el poder, y esto es cierto también en los Estados nacionales donde el proletariado está dirigiendo la construcción del socialismo. No es posible una auténtica sociedad **sin clases**, una sociedad comunista, en un marco nacional.

Es más, el Estado nacional es el instrumento ideológico y de poder con el que una clase o un destacamento de esa clase puede oprimir y explotar a otras clases o destacamentos de clase **a nivel internacional**. Esta es la realidad de clase que subyace al desarrollo de la «política de bloques», al reparto del mundo en esferas de influencia entre las grandes potencias. Este conflicto puede existir incluso en las relaciones entre Estados nacionales socialistas, en la medida en que una capa o clase «burocrática» proyecta su poder nacional hacia la opresión de otras nacionalidades socialistas. En el llamado «conflicto entre modelos de socialismo» —expresión que suele aplicarse a la crisis checoslovaca, pero que podría extenderse a otros casos—, es fácil detectar este tipo de conflictos de clase a nivel internacional. En tal caso, el nacionalismo imperialista de la gran potencia —por emplear términos leninistas— es una auténtica «conciencia de clase» de los explotadores, al paso que el nacionalismo antiimperialista de los pueblos oprimidos es una conciencia de clase revolucionaria. Por ello, cuando los comunistas españoles apoyamos al pueblo checoslovaco, no tomábamos posición ante un problema meramente ideológico, o de relaciones entre Estados, o entre naciones; por encima de todo esto, fuéramos o no conscientes de ello, tomábamos una posi-

ción de solidaridad internacionalista de clase, junto a los oprimidos y frente a los opresores; y no ante un «trágico error» subjetivo moralista, sino ante un proceso objetivo, independiente de la voluntad de los individuos implicados en él.

Por otra parte, el proceso a través del cual una clase llega a forjar una solidaridad entre distintos grupos socioeconómicos, proyectándola sobre determinados «elementos» territoriales, étnicos, culturales, etc., más o menos comunes, para basar en esa solidaridad la legitimación de su aparato coercitivo —el Estado Nacional—, es normalmente un proceso histórico largo, paralelo a la formación del modo de producción y de mercado (Prescindimos aquí de la posibilidad indudable de «salto» al socialismo desde situaciones precapitalistas, y por tanto, en cierto modo, prenacionales). Lo que los marxistas subrayamos es que, en el curso de ese proceso, el Estado —o el proyecto estatal— puede llegar a ser dirigido por una clase distinta de la que lo puso en marcha, en virtud de cambios revolucionarios, políticos y económicos, en el seno de la formación social de que se trate; y en tal caso, la solidaridad nacional y el poder estatal pueden ser utilizados con objetivos diferentes de los iniciales: no ya para asegurar el desarrollo de la acumulación capitalista, sino, por el contrario, para liberar a los trabajadores de la dependencia del capital; no ya para expoliar y oprimir a otros pueblos, sino por el contrario, para contribuir a su liberación; proceso nada fácil, en el que los instrumentos nacional y estatal resultan muy complicados de manejar por la clase revolucionaria, por su propia tendencia —organizativa, burocrática, tradicional— a seguir el destino originario para el que fueron forjados. Convertir el Estado y la Nación, de instrumentos de opresión en instrumentos de liberación, incluida su propia y paulatina extinción, es el gran desafío político que afrontan las sociedades socialistas.

Por las mismas razones que le exigen conquistar el poder estatal, el proletariado necesita organizar su hegemonía en la Nación, necesita convertirse en la clase dirigente de un «bloque social con solidaridad nacional»: sencillamente, porque el peso social de estas superestructuras, su imbricación en el aparato productivo, su huella en las conciencias de los hombres, son tan grandes que la clase obrera no podría derrocar la dominación burguesa y desarrollar unas relaciones de producción socialistas si no derrocara también el poder burgués en las instituciones políticas, estatal-nacionales. Las consignas del tipo de «poder obrero» quedan en mero reformismo en cuanto dejan a un lado la cuestión de la hegemonía en el Estado nacional. La tesis leninista de la necesidad de la dictadura del proletariado no se refiere sólo a la «destrucción del Estado burgués», sino también de la «conciencia nacional burguesa». La incompreensión de la importancia del hecho nacional, de la **necesidad de orientar las solidaridades nacionales según los intereses de clase del proletariado revolucionario**, dejaría a la lucha anticapitalista en la misma inoperancia que el utopismo anarquista respecto al problema del poder de Estado. Los partidos comunistas convertidos en minorías propagandistas de modelos revolucionarios exteriores son tan ineficaces —y contraproducentes— como el elitismo terrorista «libertario». Dan armas al poder burgués sin ponerlo realmente en cuestión.

Ahora bien, los revolucionarios no pueden olvidar que el Estado y la Nación son **estructuras históricamente vinculadas a la sociedad de clases**. Un socialismo que, desde el principio, no se proponga como objetivo la extinción del Estado y de la Nación, sería un socialismo mutilado, en que la «transición» aspiraría a perpetuarse mediante una dominación burocrática en el interior y una tendencia a oprimir a otros pueblos en el exterior. El mismo carácter «socialista» originario de tal sociedad estaría en

peligro, pero sobre todo haría un flaco servicio a la causa revolucionaria en el mundo. Los intereses de esta causa exigen la denuncia consecuente de tales situaciones.

El socialismo no acaba con las contradicciones en el seno del bloque popular, ni asegura la hegemonía obrera en ese bloque, si no es mediante la máxima movilización de las masas frente a toda cristalización del poder estatal, y a través del desarrollo de una práctica y una conciencia internacionalista. La democracia popular y el internacionalismo proletario, convertidos demasiadas veces en estereotipos que ocultan realidades muy distintas, siguen siendo los resortes vitales de la edificación ininterrumpida del socialismo. Sin ellos, la transición puede degenerar en un «capitalismo de Estado» dirigido por una tecnocracia chovinista, verdadero obstáculo para que la abolición de los aparatos políticos estatales y nacionales se convierta en un objetivo real.

Lograr la movilización activa y constante de las masas contra toda burocratización es una cuestión decisiva que los comunistas chinos han abordado por primera vez en la Historia de manera efectiva. Pero la cuestión de no limitar esa movilización a objetivos nacionalistas, de concebir la revolución como un proceso permanente a nivel internacional es una tarea difícil, como lo prueba la inoperancia de las diversas corrientes «trotskistas», la escasa eficacia de organizaciones como la OLAS, e incluso la misma historia de la III Internacional fundada por la vieja guardia leninista. En cuanto a las «Conferencias de Partidos Comunistas y Obreros», mi impresión personal, y con ello no vinculo a nadie, es que más bien evitan retóricamente la cuestión que la abordan efectivamente. Quizá no han madurado aún plenamente las condiciones históricas para ese tipo de movilización revolucionaria internacional; pero, en cualquier caso, no pueden considerarse satisfactorias las políticas de los diversos P.C. en el poder en cuanto a este plano. Frente a la eficacia con que los capitalistas practican la «exportación de la contrarrevolución» y la coordinación supraestatal de sus monopolios y de sus ejércitos, es evidente que la teoría y la práctica marxistas, en este como en tantos otros aspectos, necesitan un urgente desarrollo. Frente al hitlerismo y al pentagonismo, la única arma eficaz hasta hoy ha sido la resistencia patriótica, la guerra de liberación nacional. Pero son armas defensivas, que se limitan a evitar que la reacción imperialista haga retroceder el reloj de la historia. Una auténtica ofensiva internacionalista, que no tiene nada que ver con la «exportación de la revolución», sino con la unidad de clase por encima de las divisiones nacionales, es algo que necesita el movimiento revolucionario de los pueblos. Un comunista español, aunque haya nacido años después, no puede olvidar la ejemplaridad histórica de las Brigadas Internacionales en nuestra guerra civil, cuando contempla las prácticas «comerciales» de ciertos países socialistas durante las luchas de clase del proletariado asturiano contra una Dictadura fascista.

C) LAS CONTRADICCIONES INTERNAS DEL HECHO NACIONAL.— EL CASO DE EUSKADI

Pero volvamos a los problemas que nos plantea, para nuestra práctica internacionalista, la unidad de la cuestión nacional con la lucha de clase contra la Dictadura del capital monopolista. Quisiera subrayar ahora que los «elementos» integrados en el hecho nacional nunca forman un todo compacto, homogéneo. La diversidad de condicionamientos socioeconómicos da lugar a características nacionales muy distintas, contradictorias entre sí. La contradicción fundamental sigue siendo, desde luego, el antagonismo de clase. Pero existen también antagonismos en los demás «elementos» del hecho nacional. Un ejemplo

significativo es el de la cultura nacional de Euskadi. Es indudable que la cultura vasca no ha conocido aún esos extraordinarios reverdecidos del idioma que, tras un parcial deshielo de siglos de opresión lingüística, alcanzaron el «resurdimiento» gallego y especialmente la «renaixença» catalana. Durante los siglos XIX y XX, las tres grandes culturas oprimidas del nacionalismo español han destacado, por ejemplo, en las artes plásticas, donde la represión lingüística era menos eficaz; pero Catalunya ha sido capaz además de forjar una ininterrumpida cordillera literaria, con cimas que van de Aribau a Pere Quart, de Maragall y Fabra a Carner o Espriu; incluso en Galicia, quizá por el apoyo en el mundo cultural portugués, la tradición de la lengua de las Cantigas se ha fortalecido, de Rosalía o Pondal, a Celso Ferreiro o Curros Enríquez, y ello, pese a la debilidad del propio nacionalismo gallego y al hecho de que figuras de la talla de Pardo Bazán o Valle Inclán prefirieran enfrentarse con la realidad de su tiempo en castellano.

En cambio, la riqueza literaria del viejo euskera, con sus tres mil años a las espaldas, con todo su tesoro de canciones, leyendas y poesías populares anónimas, no resiste ni de lejos la comparación. Los hombres que en tiempos modernos han utilizado como lengua literaria el euskera —Larramendi, Arana, Irigaray...—, no superan un estrecho localismo, mientras que los más grandes escritores vascos, Unamuno y Baroja, los auténticamente universales, incluso hoy mismo Celaya y Blas de Otero, escriben en «erdera». ¿Cómo no ver en este hecho un reflejo de la superioridad histórica, como clase más progresiva, de la gran burguesía españolista, sobre la pequeña burguesía autonomista que nutrió los cuadros del foralismo carlista y del nacionalismo sabiniano? La «cultura vasca» ha sido durante demasiado tiempo la bandera nacional de una clase en desaparición. Sólo una clase auténticamente revolucionaria, que en las condiciones de Euskadi sólo puede ser el proletariado industrial, hará resurgir la energía cultural de Euskadi Herrería, como renacieron el siglo pasado las de Galicia y Catalunya al filo de la revolución burguesa. Pero no debe olvidarse que, actualmente, la clase trabajadora de Euskadi es bilingüe. Un movimiento nacional revolucionario vasco ha de exigir la paridad total, en la enseñanza y en los medios de comunicación, del euskera y del castellano. Una defensa cerril del «pueblo euskaldun» dividiría al proletariado y sólo expresaría los intereses de la pequeña burguesía vasca. Como han señalado Eskubi Laraz y otros combatientes, «si el euskera fuese nuestra finalidad absoluta y nuestro motor fundamental (como para algunos lo es hoy) nuestro combate podría muy bien ser recuperado por el capitalismo... La cultura liberadora de clase, esa cultura vasca potente que existe hoy en Euskadi está utilizando indistintamente tanto el euskera como el castellano... La cultura vasca, bilingüe y revolucionaria, sigue siendo hoy más que nunca la expresión del deseo de ser libre de nuestras clases oprimidas, y no separa ya a éstas sino que las está uniendo. Esta cultura revolucionaria está separando, eso sí, a las clases oprimidas de las explotadoras y cada vez más de la misma clase burguesa vasca» (32). He aquí una aplicación concreta, creadora —por lo que tiene de ruptura con los viejos mitos del nacionalismo burgués vasco, de comprensión de la nueva realidad de Euskadi— de la teoría leninista de las «dos culturas», de las «dos naciones» que existen siempre dentro de cada cultura nacional: la de los opresores y la de los oprimidos. En Euskadi existen hoy, por así decir, tres núcleos culturales fundamentales: uno el oligárquico españolista, que ha impulsado el desarrollo industrial vasco en el marco del Estado español a costa de la opresión nacional de Euskadi, y muy especialmente de su mutilación cultural (ni siquiera una Universidad Vasca durante tiempo y tiempo); otro núcleo, intermedio, es el de los «baserritarras» y pequeños burgueses, nacionalmente opri-

midos, amenazados por el propio desarrollo capitalista, pero incapaces de abrir una vía revolucionaria, y cuya justa reivindicación del euskera ha servido sin embargo para dividir y frenar durante mucho tiempo a la auténtica clase revolucionaria, sin crear por otra parte una verdadera cultura nacional; y, finalmente, la clase obrera vasca, nutrida tanto por una inmigración masiva como por la proletarianización que produce el propio desarrollo capitalista, que empieza, tardíamente, a fundir en una sola política revolucionaria la lucha frente a su doble explotación, nacional y social.

En efecto, ya hemos señalado que toda opresión nacional, como la nación misma, tienen raíces de clase. Por ello, en el nivel productivo alcanzado ya por Euskadi, la clase capaz de encabezar su liberación nacional necesita al mismo tiempo romper, desenmascarar todas las ideologías nacionalistas, españolas o vascas; aunque educado en el nacionalismo, sus intereses son internacionalistas, y para cumplir su misión liberadora y dejar de ser una simple fuerza de choque de la burguesía nacionalista, necesita desgajarse de todo lo que de caduco hay en el legado nacionalista. «El proletariado lucha contra todo nacionalismo y persigue la destrucción de sus causas: la burguesía. Pero, para realizar sus objetivos internacionalistas de clase, el proletariado vasco no puede ignorar la realidad y optar ciegamente por cualquier unidad: la unidad actual es la unión forzada, y contra su voluntad, de Euskadi con España. No puede apoyar ciegamente la unidad actual, porque sería dar por buena la unidad antidemocrática que nos han impuesto las oligarquías vasca, catalana y castellana, apátridas todas ellas» (33). Sólo una lucha que sea al mismo tiempo «abertzale» (patriota) y que denuncie el carácter burgués del nacionalismo vasco —como la emprendida por ETA a partir de su VI Asamblea— sirve a la misión revolucionaria del proletariado de Euzkadi.

Es la comprensión de la propia estrechez del fenómeno nacional —y no la exaltación idealista de este fenómeno, como hacen las pequeñas burguesías en todas las nacionalidades— **lo que permite al proletariado encabezar una revolución internacionalista en un marco consecuentemente nacional.** No hay contradicción básica en esta posición. La contradicción esencial es interna al fenómeno nacional, entre las clases que se disputan la hegemonía del mismo. En el caso de Euskadi Sur, separado además de Euskal Herria del Norte por un complejo proceso histórico, las condiciones han madurado para que se produzca una profunda unidad de la lucha de clase y de la vanguardia nacional, como vía a la recuperación de su integridad como nación sin retroceder en el combate social. **Euskadi es tal vez uno de los casos más singulares en que la lucha nacional, al ser dirigida por la clase obrera, deviene auténticamente internacionalista.** Las acciones del proletariado vasco han despertado nuevas energías en todas las nacionalidades oprimidas por el Estado español, y al mismo tiempo han agudizado las contradicciones internas, de clase, en el nacionalismo vasco. Una de las cuestiones más candentes es hoy la de reafirmar la estrategia de clase de los distintos destacamentos obreros, nacionalmente diferenciados, que sufren la dictadura del capital monopolista español, frente a la cuestión de la liberación nacional.

D) POR UNA ESTRATEGIA INTERNACIONALISTA DE CLASE ANTE LA CUESTION NACIONAL

El proletariado sólo superará la caducidad histórica de los nacionalismos burgueses si es capaz al mismo tiempo de superar la opresión nacional, de integrar la lucha de liberación nacional en su lucha revolucionaria de clase, lo cual es especialmente difícil para el proletariado más

identificado con el nacionalismo opresor, en este caso, el español.

La lucha revolucionaria, que aspira a construir un mundo nuevo, no combate sólo por reformas parciales; al igual que el proletariado no es únicamente «feminista», «demócrata» o «humanista», aunque luche por la emancipación de la mujer, por las libertades políticas, y por el pleno desarrollo de las potencialidades de cada hombre, **la lucha contra la opresión nacional no es una lucha «nacionalista»**; es más, para alcanzar plena eficacia, ha de superar también los supuestos del nacionalismo. La lucha del proletariado sólo es plenamente revolucionaria si integra estas luchas parciales en una **totalidad** histórica, en un combate único de todos los oprimidos de la tierra.

Lenin señaló como «especialmente singular del siglo XX» la tarea de unir al proletariado de la nación opresora con el proletariado de la nación oprimida (34). **Fundir en una misma lucha de clase la denuncia de todo nacionalismo con la defensa del derecho de las naciones a la autodeterminación, he aquí el arma principal contra el mayor obstáculo que se opone a la marcha histórica hacia el socialismo** —y contra el que Lenin luchó incansablemente—: **la adopción del nacionalismo burgués por la clase obrera de los grandes Estados capitalistas.** Cuando el capital monopolista opera a nivel multinacional, los conceptos nacionalistas son susceptibles de utilización para fraguar la ideología de esta nueva «aristocracia obrera», privilegiada sobre todo en un contexto internacional, beneficiaria de una parte de las plusvalías imperialistas.

«El proletario de las naciones opresoras no puede limitarse a frases generales y estereotipadas, repetidas por cualquier burgués pacifista, contra las anexiones y en favor de la igualdad de derechos de las naciones en abstracto. El proletariado no puede guardar silencio acerca de la cuestión, particularmente «desagradable» para la burguesía imperialista, de las **fronteras** del Estado basado en la opresión nacional. El proletariado no puede dejar de luchar contra la retención violenta de las naciones oprimidas dentro de las fronteras de un Estado dado, y eso significa luchar por el derecho a la autodeterminación. El proletariado debe reivindicar la libertad de separación política para las colonias y naciones oprimidas por «su» nación. En caso contrario, el internacionalismo del proletariado quedará en un concepto hueco y verbal; resultarán imposibles la confianza y la solidaridad de clase entre los obreros de la nación opresora y los de la nación oprimida» (35).

Una de las más grandes tareas de la revolución en España, uno de los medios más seguros para garantizar la autenticidad de nuestra marcha al socialismo, es articular la conciencia internacionalista de todos sus destacamentos proletarios; el día en que el derecho a la autodeterminación de Euskadi, Catalunya y Galicia sea un objetivo de lucha tan evidente para los obreros de Villaverde, Triana o Langreo como para los de Eibar, Mataró o Ferrol, el nacionalismo habrá perdido definitivamente la partida como arma de la burguesía, como ideología escisionista y alienada del movimiento obrero.

Para llegar a ese objetivo, creo que no es precisamente lo más adecuado una «revitalización» acrítica de los nacionalismos, por muy acuciantes que sean las necesidades tácticas del momento. Esos nacionalismos ya existen, han sido creados por la burguesía, en distintos momentos de su desarrollo histórico, y no necesitan que los comunistas los «impulsemos». La tarea de los comunistas, por el contrario, es combatir todo nacionalismo como ideología burguesa, y **simultáneamente luchar por la liberación de todas las nacionalidades oprimidas**, uniendo así teoría y prácticas internacionalistas desde una posición de clase.

La estrategia revolucionaria ante la cuestión nacional es la **unidad internacionalista de clase del proletariado** para realizar la revolución en el interior de cada nacionalidad. La burguesía, además de ser ya incapaz de resolverla, utiliza la cuestión nacional para dividir al proletariado, impidiendo así el cambio social, perpetuando la explotación y, con ella, la propia opresión nacional. Frente al oportunismo vacilante de los nacionalismos burgueses, **los intereses de la clase obrera, en todas las nacionalidades hispánicas, son los de una Euskadi libre, los de una Catalunya libre, los de una Galicia libre de la opresión histórica del Estado español, los de la inmediata liquidación de los restos de nuestro colonialismo africano.**

Es posible que esa unidad internacionalista sólo se convierta en conciencia de masas en un estadio avanzado de la revolución, quizá ya en la lucha por la edificación socialista, cuando las amplias masas populares hayan aprendido de su propia experiencia la incompatibilidad de sus intereses con el nacionalismo burgués. Pero, desde ahora, no puede haber vacilaciones en la conciencia de clase de la vanguardia revolucionaria. Para derribar hoy al franquismo, para contruir el socialismo después, es necesario un combate implacable teórico y práctico contra toda opresión nacional, como plano indisoluble de nuestra lucha contra el capitalismo. «Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario». En la medida en que los comunistas y otros combatientes anticapitalistas forjemos hoy los elementos de una conciencia internacionalista de clase, el hecho histórico de la opresión de las nacionalidades hispánicas será un estímulo invencible, y no un factor de división como en pasadas épocas históricas, en nuestra larga marcha revolucionaria hacia la sociedad comunista, sin clases, sin Estados, sin naciones que exploten, dividan y enfrenten a los hombres.

MIKEL ERDERA

NOTAS

(27) Obras Completas, T. XXIX, p. 169.

(28) «Acerca del problema de las nacionalidades o sobre la 'autodeterminación'». Este extraordinario documento, que tan fielmente expresa la lucidez leninista respecto al internacionalismo, no fue publicado en la URSS hasta 1956. Obras Escogidas, tomo III, pp. 889-895.

(29) Julio Busquets, *Introducción a la sociología de las nacionalidades*, Madrid, EDICUSA, 1971, pp. 26-27.

(30) Autonomía que, naturalmente es convertida en un absoluto inmutable por los ideólogos burgueses; por ejemplo, el catalanismo burgués, del tradicionalismo de Balmes y Torras i Bages al mismo historicismo de Bofarull, Rovira i Virgili o Soldevila, exaltan como constitutivos del «hecho nacional catalán» determinados elementos de tipo «psicológico». Para echar por tierra estos mitos y relacionar sólidamente la especial «psicología catalana» con unos determinados condicionamientos socioeconómicos, ha bastado la honradez científica de un historiador burgués como Vicens Vives —por no hablar de la crítica demoledora de un investigador marxista ejemplar, como es Pierre Vilar.

(31) Benjamín Azkin, *Estado y Nación*, F.C.E., México, 1968, p. 38.

(32) SAIOAK, n. 2, art. cit., pp. 37, 39.

(33) Isaba, ob. cit., p. 93.

(34) Obras Completas, Tomo XXII, p. 164.

(35) Obras Completas, Tomo XXI, p. 160.

NOVEDADES

ABRIENDO CAMINO

de Antonio Gros

Relato de un guerrillero español de acciones guerrilleras en URSS y en España.

En la misma colección:

■ «Los guerrilleros en Francia 1940-1945»

Miguel Angel

■ «Guerrilleros españoles del siglo XX»

A. Sorel

■ «Libertad y socialismo»

S. Carrillo

En el mes de julio próximo aparecerá la edición de las «Obras escogidas de Lenin» en 2 tomos editadas por EBRO.

Reseña de libros

« ESTRUCTURALISMO Y MARXISMO »

H. Lefèbvre, Sánchez Vázquez, Nils Castro y Lupurini,
Editorial Grijalbo, (Col. 70 n° 88), 1972

Se reúnen aquí cuatro trabajos que tratan —con distinto enfoque cada uno de ellos— de esclarecer las relaciones entre marxismo y estructuralismo o, mejor dicho, de enjuiciar el estructuralismo desde el punto de vista marxista.

No es necesario encarecer la importancia de que este libro se venda aquí en España donde ha ocurrido que muchos intelectuales, avidos de renovación, se han abierto incondicionalmente al estructuralismo y se han visto inermes frente a una moda arrolladora que atrae por su prestigio y evidentes aciertos en algunos terrenos. El libro objeto de esta reseña —aunque no es ni mucho menos el único que sobre este tema está publicado— viene a ser una aclaración indispensable, una magistral puesta de cada cosa en su sitio.

El primero de los trabajos, «Forma, función y estructura en El Capital», del filósofo francés Henri Lefèbvre, apareció originalmente en la revista francesa «L'homme et la société» (n° 7, París, 1968).

Lefèbvre empieza por recordar el lugar central que ocupa en Marx el concepto de devenir. Devenir que no es el caos sino la sucesión de unidades momentáneamente estables. Al analizar una estructura hay que estudiar también su génesis y cómo ella misma dará lugar a una nueva estructura. Por eso es paradójico que Claude Lévi-Strauss, jefe del estructuralismo en Francia, se considere marxista cuando precisamente anula el concepto de devenir y pone el acento sobre la permanencia de unas estructuras.

Marx, en El Capital, maneja tres

nociones fundamentales: la de estructura, la de forma y la de función. Si se fija la atención en una cualquiera de las tres nociones con perjuicio de las otras dos, se mutila el pensamiento que entonces sólo capta una parte de la realidad.

Lefèbvre analiza con cierto detalle el modo de producción en Marx como ejemplo de la intervención simultánea de estos tres conceptos. Dice textualmente: «Todos estos conceptos permiten el análisis de realidades complejas... Cuando el conocimiento, en el curso de sus investigaciones, acentúa tal o cual aspecto y se sirve de este o aquel concepto, tarde o temprano se debe poner de manifiesto otro aspecto, y, consecuentemente, se debe utilizar también otro concepto... Si se utiliza la forma, nos vemos remitidos a la función y a la estructura. Y recíprocamente. Esto justifica las investigaciones analíticas acerca de la estructura, con una condición: **no aislar esta noción** y volver de nuevo hacia los demás conceptos que permiten captar el tiempo histórico, sin lo cual nos perderíamos en la ideología...»

Lefèbvre, al utilizar como ejemplo el modo de producción de Marx, nos da una visión diacrónica de la sociedad, luego nos hace un esquema sincrónico de la misma para llegar otra vez a iguales conclusiones: necesidad de hacer intervenir las tres nociones a la vez, para que el esquema corresponda realmente a la realidad dialéctica que pretende captar.

Después de hacer resaltar la importancia de la lógica formal en el primer tomo de El Capital y de señalar los distintos tipos de estructuras

[social, de clase, económica, etc.] dentro del capitalismo, termina Lefèbvre demostrando que la «utilización muy amplia del concepto de estructura por parte de Marx no tiene nada de común con el estructuralismo».

Finalmente, tiene Lefèbvre palabras muy duras para el estructuralismo. Le acusa de ser una ideología que disimula tras su aparente científicidad «el proyecto de estructurar la sociedad existente y de estabilizarla (e inmovilizarla) en sus estructuras... La historia sería desmontada y el movimiento se detendría».

El segundo trabajo es del filósofo español Adolfo Sánchez Vázquez, Catedrático de Estética y de Filosofía Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de Méjico. Se titula «Estructuralismo e historia». Se había publicado previamente en el n° 55 de la revista cubana Casa de las Américas y en el volumen colectivo «Conciencia y autenticidad históricas. (Escritos en homenaje a O. Gorman). UNAM, Méjico, 1968.

Empieza el filósofo español concretando qué debe entenderse por historia y señalando que frente al positivismo y al empirismo, el estructuralismo ha tenido el acierto de señalar que los hechos no existen —ni pueden por tanto explicarse— aisladamente, sino en la totalidad en que se integran. «El estructuralismo se detiene, ante todo, en las relaciones y dependencias que hacen que los elementos tengan un valor o sentido no ya de por sí sino por posición —como elementos relacionados y dependientes— en una totalidad».

Luego se pregunta Sánchez Vázquez hasta qué punto es posible un análisis estructural de la historia.

Cuando se trata de un objeto estable, que no se transforma a sí mismo, el estructuralismo es válido como método de investigación. Es natural, pues, que haya tenido sus éxitos en campos como la lingüística y el estudio de las sociedades arcaicas que son, ambas, estructuras relativamente estables donde la historia desempeña un papel secundario.

Pero si sólo se pudiera aplicar a conjuntos estables en que pueda hacerse abstracción del tiempo, la historia quedaría definitivamente fuera de su atención. Sin embargo, la oposición radical entre sincronía y diacronía «sólo la postuló Saussure, sin que por esta vía le siguieran ni la lingüística estructural posterior ni menos aún Lévi-Strauss...» Hay que ver, entonces, «si lo estructural sólo se da al nivel de la sincronía o si lo diacrónico no se halla enterañado en la estructura misma».

La pregunta sigue, pues, en pie: ¿Cabe un análisis estructural de la historia?

Por de pronto, sólo el estructuralismo que establezca una antinomia entre sincronía y diacronía se cierra al acceso a la historia. Pero por otra parte, «el estructuralismo sólo podrá aplicarse a la historia si los factores que determinan que una sociedad surja, se establezca, pierda su estabilidad y se transforma en otra, se busquen en la estructura misma».

Pero antes de continuar con la respuesta a su pregunta, Sánchez Vázquez se detiene para analizar la respuesta que da Lévi-Strauss a esa misma pregunta. El autor de «El pensamiento salvaje» reconoce, en efecto, que una sociedad no puede considerarse exclusivamente en el plano sincrónico ya que se halla sujeta a transformaciones diacrónicas incesantes. Pero, de hecho, Lévi-Strauss se limita a explicar la transformación interna dentro de una sociedad y no el paso de una sociedad a otra; presenta las distintas sociedades como una sucesión de estructuras yuxtapuestas.

No obstante, el hecho de que Lévi-Strauss se haya mostrado impotente en la tarea de explicar en términos estructurales la relación genética entre una estructura y la que procede de ella no significa que esta tarea no se pueda y se deba emprender.

Porque por otro lado tenemos que la teoría marxista de la historia permite precisamente «explicar estructuralmente la transformación de las sociedades porque dicha teoría es justamente una concepción estructuralista de la historia. En Marx encontramos los elementos fundamentales de una teoría de ese género; el concepto de sociedad como sistema o estructura; la idea de la relación entre el sistema y sus partes constituyentes (estructuras particulares que lo inte-

gran); la idea también de la relación entre la estructura y los elementos singulares (individuos, productos singulares o acontecimientos); el doble plano de lo inintencional al nivel del sistema y del orden consciente al nivel de los individuos; la relación entre el sistema y lo histórico, o entre los cambios estructurales, y la transformación de un sistema en otro, etcétera.»

Haciendo referencia a varias teorías y obras de Marx, Sánchez Vázquez insiste en que toda estructura, aunque relativamente estable en un momento determinado de su desarrollo, no puede ser aislada de su génesis y evolución; toda estructura es histórica puesto que se forma y desarrolla como resultado de la actividad práctica de los hombres.

Se llega a la conclusión, pues, de que la exposición histórica no puede prescindir de ciertos elementos propios de un análisis estructural y, a la inversa, la investigación estructural no puede prescindir de la historia. Lo diacrónico y lo sincrónico se reclaman mutuamente.

Sánchez Vázquez se vuelve a plantear el problema de las relaciones entre historia y estructuralismo, pero ahora con mayor complejidad: el de la posible prioridad del análisis estructural sobre el análisis genético o histórico; o, dicho de otra manera, el de las posibilidades de un estructuralismo de inspiración marxista al ser aplicado en el conocimiento histórico.

Mientras que en un análisis estructural se estudia un sistema en tanto que sus cambios internos no afectan a su límite cualitativo y no quebranta, por consiguiente, su estabilidad relativa, en un análisis histórico interesan sobre todo los cambios incompatibles con la esencia del sistema y que conducen, por tanto, a su desaparición.

En lo que se refiere a la prioridad de un método sobre otro, Sánchez Vázquez afirma que, si la tarea del historiador es descubrir las relaciones genéticas entre un sistema y otro, en el momento de la **investigación** el conocimiento de la estructura es condición necesaria para el estudio histórico, pero en el momento de la **exposición** de los resultados de la investigación, el método genético pasa a primer plano.

Es decir, el análisis estructural se convierte en requisito previo para la exposición histórica.

El tercero de los trabajos que forman este conjunto es de Nils Castro, joven filósofo panameño residente en Cuba, director de la Escuela de Letras de la Universidad de Oriente. El trabajo se titula «Para el estructuralismo histórico» y se había publicado antes en el nº 55 de la revista Casa de las Américas.

Nils Castro se propone sintetizar lo mucho publicado en Cuba sobre el estructuralismo. Una tarea de divulgación que no pretende aportar ideas nuevas. No pretende tampoco enjuiciar

el estructuralismo sino simplemente explicar en qué consisten los conceptos que el estructuralismo ha aportado.

Muy en síntesis, algunos de éstos son los siguientes.

Una totalidad no resulta de la mera suma de los elementos constituyentes sino del modo en que éstos están articulados y actúan unos sobre otros. Los mismos elementos relacionados de otra manera pueden formar un conjunto diferente.

Los elementos están unidos por nexos de solidaridad y oposición. La intensidad de la acción de un elemento sobre otros se llama incidencia. Un cambio en un punto de la red producirá repercusiones en el conjunto. Hay que tener en cuenta también factores como la cohesión del sistema, las propiedades inherentes de cada miembro, las propiedades funcionales, etc.

Las totalidades pueden contraer nexos con otras totalidades para formar conjuntos articulados de una jerarquía mayor.

Se llama estructura al complejo de relaciones establecidas entre los miembros del todo y que explican su comportamiento y límites. El concepto de estructura se distingue del de sistema en que aquél sólo tiene en cuenta las correlaciones más importantes.

El campo de dispersión del sistema es el conjunto de sus configuraciones más acá de sus límites, es decir, el territorio dentro del cual las variaciones serían solo de carácter cuantitativo.

Otros puntos que trata Nils Castro son la diferencia entre el elemento dominante y el elemento principal; la relación entre el modelo y el fenómeno; la vinculación entre la diacronía y la sincronía; la distinción entre funcionamiento y evolución.

Finalmente Nils Castro hace hincapié en que el hecho de que el método estructuralista se haya empleado con éxito en la explicación de fenómenos como el funcionamiento de una lengua no implica que el método se ha de confinar siempre a la explicación pasiva. Hay que aplicar el método no sólo a fenómenos que se quieren simplemente conocer sino también a aquéllos sobre los que se pretende influir.

Dicho de otra manera: si en las poblaciones primitivas el hombre se comporta como una marioneta de las circunstancias y por lo tanto la estructura es el resultado de una práctica inconsciente, el hombre de hoy, capaz de una práctica consciente, puede crear nuevas estructuras sociales.

Por eso el conocimiento estructural de las formas de existencia humana no ha de llevar a su aceptación fatalista sino al estudio de sus posibilidades de transformación.

Finalmente, el último trabajo de

este volumen es de Romano Luperini, profesor de literatura italiana moderna y contemporánea en la Universidad de Pisa; se titula «Las aporías del estructuralismo y la crítica marxista» y está igualmente publicado en el nº 55 de Casa de las Américas.

Empieza el profesor italiano con una referencia a dos publicaciones, una de Roberti Di Marco y otra de Massino Cacciari y Francesco Dal Co, que «han aclarado lo suficiente las mistificaciones ideológicas más generales del estructuralismo... el mito de la neutralidad científica y sus relaciones con... el neocapitalismo». Utilizando en parte los resultados de estos dos trabajos, se propone demostrar la incapacidad del método estructuralista para un real conocimiento de la obra literaria.

Hace notar que para algunos estructuralistas los estudios literarios deben sólo describir los recursos de la lengua poética lo cual supone convertir los medios en fines. Que la actividad crítica del estructuralismo se limita testimoniar que una obra de arte posee una estructura coherente. Otras veces puede llegar a convertirse en un juego en que se confunde la obra del crítico con la obra criticada. También señala que el separar el significado del significado lleva a prescindir de los contenidos. Y que no se llega realmente a conocer la peculiaridad de la obra de arte al quedarse en la estructura, al ir revelando el juego de las correspondencias, de los valores fónicos y métricos. Todo esto, en fin, nos puede llevar a un nuevo esteticismo.

Durante toda su exposición Luperini hace interesantes referencias a teóricos como Jakobson, Goldman, Barthes, della Volpe y muchos otros.

Después de haber criticado, pues, el método estructuralista (aunque no para rechazarlo de plano sino para indicar su insuficiencia) Luperini se considera en la obligación de explicar cuál debe ser la perspectiva marxista del análisis de una obra de arte. Para esto, empieza a hacer referencias, por un lado, a ideas de Marx que no tienen directamente que ver con la cuestión y, por otro lado, a observaciones de Marx sobre el arte.

Dice con acierto que la «tarea de una crítica marxista es conocer, como no lo puede hacer el estructuralismo, la obra de arte, y todo incremento del conocimiento es también, para quien se lo apropia, un aumento del goce estético y una invitación al mismo».

Pero, según se va leyendo el trabajo de Luperini, va dando la impresión que el autor se pierde. No sabe decir nada en concreto. Y ocurre lo que no se puede por menos de llamar sorprendente: los tres últimos párrafos de su trabajo son copia literal (con dos pequeñas modificaciones) de los últimos del trabajo de Sánchez Vázquez. Que el trozo en cuestión es original de Sánchez Vázquez y no de Luperini está claro porque trata de

estructuralismo histórico, que era el tema de aquél y no de crítica literaria, que es el tema de éste. No cabe —por otro lado— lanzar una acusación de plagio: es todo demasiado burdo. Mientras uno no pueda consultar el nº 55 de Casa de las Américas habrá que dejarlo como una errata —bastante grave e inexplicable— de la Editorial Grijalbo. También hay que decir que llama la atención el que en la tapa del libro, donde vienen los nombres de los autores, falta el de Luperini.

Dejémoslo en errata. Pero de todos modos, si al final de los resúmenes de cada uno de los tres trabajos anteriores no he hecho juicio valorativo (la alabanza iba implícita) aquí creo que sí es menester señalar que los méritos del trabajo de Luperini son dos: 1) la gran información bibliográfica que el interesado en crítica literaria puede obtener de las amplias notas y referencias del trabajo; 2) el dar a conocer las ideas de los dos trabajos citados inicialmente. Sus deméritos son, asimismo, dos: 1) su incapacidad para señalar en qué debe consistir la crítica literaria marxista; 2) su —llamémosle— carencia de conclusiones finales.

Yo quería ahora, aunque esto sea salirme un poco de lo que debe ser una reseña, hacer algunas reflexiones suscitadas por la lectura de este libro.

1) Cuando Sánchez Vázquez (el lector se habrá percatado que es el más creador de los filósofos aquí incluidos) se refiere a la lingüística estructural, lo hace aceptando sin reservas sus «innegables éxitos» y no hace alusión a que el estructuralismo —obsesionado por la lengua como sistema— ha prescindido de las relaciones entre forma y contenidos, entre lenguaje y pensamiento.

2) En ninguno de los trabajos se hace alusión a las grandes posibilidades que tiene el análisis estructural de la obra de arte (no de la lengua) siempre y cuando este análisis formal se vea complementado con la relación entre la obra y su momento histórico. Pienso en que, una vez creada, la obra de arte es una totalidad estable. Pienso también en que no se puede analizar una novela sin ver la relación estructura-contenido (lo cual no significa no ver también la relación contenido-momento histórico).

3) Romano Luperini —y son muchos los que han intentado partir de la misma base— considera que para llegar a una teoría marxista del arte hay que partir de entresacar de la obra de Marx todas las alusiones y observaciones sueltas sobre arte. Una vez recopiladas éstas, usarlas —magister dixit— como punto de partida.

A mí me parece que este camino no lleva a ninguna parte. El considerar que lo que Marx dice sobre el arte griego, por ejemplo, por el mero hecho de haberlo dicho Marx, tiene que ser necesaria e irrefutablemente cierto, es en el fondo una actitud bien poco marxista.

Para crear una teoría literaria marxista el camino es otro: aplicar a este terreno las bases fundamentales de la filosofía marxista-leninista y no asustarse uno si al final se llega a conclusiones sobre el arte griego que en nada se parecen a las de Marx.

5) El lector puede haberse quedado con la impresión de que en los trabajos aquí reseñados se llega a conclusiones contradictorias sobre el estructuralismo. Me permito, pues, hacer mi propia síntesis.

El estructuralismo no es una concepción del mundo sino un posible método de trabajo.

El querer convertir este método en único método posible y el querer utilizarlo también como pretexto para excluir toda necesidad de una concepción del mundo, es algo propio de la ideología del neocapitalismo.

El estructuralismo viene a ser como un enriquecimiento de las leyes de la dialéctica y sólo tiene sentido colocándolo en el sitio que le corresponde dentro del conjunto de la filosofía.

No se trata, pues, de «ser o no ser» estructuralista sino de utilizar o no utilizar el método según la naturaleza de aquello que sea objeto de estudio.

G. MENDEZ CARRASCO.